La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 29 de agosto de 1892 — Núm. 557

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LAS MÁSCARAS, cuadro de D. Román Ribera

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El centenario de la invención de América. – El principio de las fiestas. – Universalidad del glorioso recuerdo de Colón. – Gloria de éste. – Disputas respecto de sus merecimientos. – La escuela ultramontana. – La escuela racionalista. – El poema de los descubrimientos modernos encontrado en la fábula de los argonautas antiguos. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Desconoceríamos la verdad si desconociésemos cómo la conmemoración del centenario de América ofusca todos los demás hechos en el mes de agosto. La humanidad entera se ha mostrado muy obligada y agradecida con aquel hombre sobrenatural que descorrió el velo de la Isis oceánica y con esta nación nuestra que supo adivinar al adivino y comprender al incomprensible. Pocos, muy pocos pueblos pueden ufanarse como el nuestro de tener una fecha en su calendario, interesante á todos los otros pueblos sin excepción alguna. Tan sólo acontece algo parecido con el recuerdo sacro de la revolución francesa, tan fecunda y creadora. Pero la revolución francesa todavía encuentra en los desposeídos por ella de sus privilegios alguno que otro anatema, en tanto que sólo encuentra la invención de América grandes agradecimientos. Hasta los terratenientes feudales de nuestra Europa, tan maltratados por la renovación del suelo planetario y por las dilataciones del mar Océano, únicamente conocieron todos los daños que infiriera el Nuevo Mundo á su poder y á sus riquezas cuando pasaron muchos años, por lo cual atribuyeron el origen de su mal á hechos más próximos. Así podemos invitar al mundo entero á nuestra fiesta en la seguridad certísima de que nos responderá el mundo entero con una cordial aceptación. Y lo hemos visto ya. Hemos visto en los festejos de Huelva buques italianos que llevan el nombre de gloria tan hispano itálica como *Lepanto;* buques argentinos, indudablemente penetrados de que ha entrado en el Plata la civilización cristiana y el espíritu moderno por el sacrificio de Solís; buques de México que juntan la vieja con la nueva España en el viento de sus lonas y en las estelas de sus quillas. ¿Qué habrán dicho todos cuantos han tenido el empeño insistente de menguar el portentoso hallazgo colombino y disminuir cosa tan puesta lejos de toda duda como la gloria del inmortal Colón? Pero hablemos un poco de esto, pues lo creo muy oportuno.

II

A pesar de que parece Colón la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos asequibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay escritor que atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quién al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y sus trances amarguísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático á demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos, el Dios uno á los semitas, la escena de Ana y Joaquín á los libros de Sansón, las abluciones del Bautista y sus discípulos al esenio del desierto, las estancias del *Magnificat* á los cánticos nacionales judíos, el sermón de la Montaña y los apotegmas salvadores del mundo á las fajas etéreas de materia filosófica difusa por el cielo de la conciencia humana, merced á platónicos, estoicos, neoalejandrinos, talmudistas, ebionitas; y no hay más que arrancar á Cristo su corona de abrojos, el trono de su cruz, el cáliz de sus amarguras, las llagas de su costado, la muerte violenta en el ara de su Calvario, para menguarlo y reducirlo á la estatura mínima de cualquier profeta, muy santo, de una santidad vulgar en el desierto, donde sólo se pide aire para vivir, y muy copiador y muy plagiario, que iba repitiendo cuanto escuchaba, como ciertas aves de oído sumo, las cuales les copian y repiten los gorjeos que á otras aves oyen.

III

En España, donde los refranes más vulgarizados resplandecen por una superior filosofía, para consolar á quien se ve perseguido por la difamación ó la calumnia exclaman: «De Dios dijeron.» Y como de Dios dijeron cosas malas, imposible á Colón salir exento de tamaña contribución impuesta por el hado á nuestras limitaciones y contingencias. Miles de concausas explican este juicio contradictorio sobre personalidad tan clara de suyo y tan ciertamente histórica. En primer lugar, á principios del siglo y muy entrado ya éste, predominaba en las ciencias históricas el criterio crítico, y se confundía la crítica, los juicios serenos y sanos, con el vejamen y la censura, cual si en las categorías judiciales se confundiera el juez con el verdugo. En segundo lugar, hale tocado á nuestra generación una triste multiplicidad horrible de reacciones, á cual más extravagante de suyo é inoportuna. Los ultrarreaccionarios de nuestra religión han querido hacer astillas de todos los palos y han habido menester de santos nuevos para renovar su viejo calendario. Y encontrando tan sólo algún que otro heroico mártir, destripado en el Japón por la misma intolerancia religiosa que predican ellos, santidad muy común en los almanaques, han bebido los vientos por un sabio dotado del don de los milagros y han abierto un informe para declarar la impecabilidad completa del genovés, elevado á la categoría de Purísima Concepción sin sombra de culpa original.

IV

Hay oficios que se prestan á la santidad mucho, el oficio de cura ó fraile, por ejemplo; mas los hay que se prestan poco, el oficio de marino, para que no pierdan los demás. Gente honrada y buena la gente de mar, muy religiosa de suyo, porque no hay templo donde lo infinito se revele como en la inmensidad, celestial casi, de los espacios oceánicos, acostumbran á soltar un poco las riendas al amor, y mecerse á las olas de ciertas pasiones, disculpadas un tanto en las anchuras de manga, muy naturales entre los laicos, pero terribles cuando se aspira nada menos que á una canonización, la cual trae aparejados consigo altar y ara, efigie y simulacro de madera multicolor, dosel con andas, el nimbo litúrgico en la cabeza, y entre los dones, el reservado por completo á la santidad canónica y litúrgica, el don de los milagros. Para con viso de razón aquistar el título de santo á un piloto, como el buen genovés, no escaso de aventuras en sus viajes y á quien las cordobesas y algún que otro hijo natural dieran hasta en la madurez de su vida y en el cenit de su gloria bastantes dolores de cabeza, exageraban los ultramontanos las virtudes honoríficas de Colón, y sus enemigos los racionalistas echábanlo por los suelos en críticas despiadadas, no tanto con ánimo de rebajarlo á él, como de mostrar á los devotos cuáles tragaderas tienen los piadosos cuando tratan de beneficiar una santidad provechosa por popular y milagrera. De aquí, á una constante apoteosis interesada seguíase otra interesada denigración sistemática. Y resultaba del escandaloso litigio que Colón pecó en materias de amor y de dinero, que Colón fué codicioso y ambiciosísimo, que gustó mucho del oro y del amor. ¡Vaya por Dios! No miraran á esto siquiera, de haber notado lo que por atavismo, por nacimiento, por vocación, por índole, por cultura, por toda su vida fuera el inmortal piloto. ¿Qué fuera? Parece imposible cuánto suelen estudiarse, con qué atención, ciertas vidas, y luego cómo suele ocultarse á esos estudios la principal característica del objeto y del sujeto estudiados. Colón era pura y simplemente un argonauta.

V

Los griegos, que lo supieran todo, y aquello que no lo sabían por sus escuelas y por sus ciencias lo adivinaban por su genio, dejaron una simbólica del descubridor y de los descubrimientos en la célebre leyenda, cristalizada según viejas tradiciones religiosas, luego al teatro por los grandes trágicos traducida, y puesta hoy mismo en escena por nuestros actores contemporáneos: la leyenda de Medea y Jasón. La fábula del vellocino de oro, por manera muy gráfica reproduce los tiempos á que podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solícita la naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal atrae ella los seres que necesita para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar las cóleras oceánicas de seguro sin un apetito de suyo tan bajo, pero tan espoleador como el deseo de lucro. Desde las primeras edades hasta nuestra edad, el descubridor ha buscado un vellocino de oro siempre como premio á sus fatigas y como excitante al trabajo de sus compañeros, metidos por él en tan arriesgadas empresas y por él empeñados en tan horrorosos trabajos. El argonauta no es más ni menos que nuestro descubridor anticipado. La Colquide, sita en mar tan vecino de Grecia como el mar Negro, recuerda un tanto nuestras Indias orientales y occidentales, á tanta costa buscadas é invenidas por los nuevos argonautas. El rey de la misteriosa región se asemeja, como á una gota de agua otra, de suyo al gran Mogol, buscado por los navegantes nuestros y erigido como un grande y fijo norte de más ó menos vigorosas esperanzas en todas las vías de los inesperados descubrimientos. Jasón anticipa en la Grecia fabulosa y prehistórica los marinos reales y verdaderos de nuestro Renacimiento. El vellocino de oro brillaba en edad tan incierta como en la edad cierta del siglo XV brillaban los palacios de plata, los templos de oro, las puertas incrustadas en zafiros pertenecientes al preste Juan de las Indias. El vellocino de oro evoca el riente lago de agua fresca extendido por las refracciones del sol en las arenas á los ojos del peregrino y del cruzado, á quien la sed abrasadora mata en las vías de Medina ó de Jerusalén. Si el hombre adivinase antes de cualquier apetecido logro los desengaños que le aguardan, renunciaría gustoso á la vida, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra volveríase á ella de nuevo, prefiriendo el silencio y el vacío y el sueño de la nada por completo al perdurable martirio de ser y de existir. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea representan la prehistoria, digámoslo así, el poema épico de los descubrimientos: el dolor en la incertidumbre, las ansias por el deseado puerto, las ilusiones al partirse, los combates en el esfuerzo, los engaños al arribo y llegada. El navío llamado *Argos* lleva en germen lo que más ilustrara en el mundo á Grecia, su maravillosa colonización. Ulises representa el explorador; Jasón representa mucho más, Jasón representa el descubridor. Su navío *Argos* es como la carabela indagadora y feliz que descubre con certeza y arriba con acierto al descubrimiento.

VI

Habíanse cortado las tablas del *Argos* en las vertientes del Pelión y los mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban mieles de poesía y éstas vibraban fórmulas de oráculos: audaces héroes y reflexivos sabios la tripulaban; unos, dioses, como Cástor y Pólux; otros, semidioses, como Hércules, otros, más que hombres, como Theseo; iba en ella Esculapio, á quien la medicina confiaba todos sus secretos, y Orfeo, á quien la religión abría todos sus misterios; y aquel su viaje pasó de los mares helénicos al mar Negro, á la desembocadura del Nilo, del Eufrates al estrecho de Gades, invadiendo la feliz región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos; la tierra de los cimerios, envuelta en tinieblas eternales; el mar de hielo y el mar de fuego; los escollos de Scila y Caribdes, las islas de Circe y las Nereidas, hasta que por fin llegó á este jardín de nuestra España incomparable, á este jardín de las Hespérides, circunvalando así dos veces Europa, desde nuestros luminosos mares béticos hasta el mar tenebrosísimo escandinavo, para esbozar allá en las anticipaciones y profecías propias del numen griego la nave que condujo los lusitanos á resucitar el viejo mundo histórico; la nave que condujo los españoles á descubrir el Nuevo Mundo renovador; la nave que llevó los lusitanos y los españoles á circunvalar el planeta para que concluyese el viejo cielo de cristal que parecía una máquina neumática; la nave que condujo los peregrinos con su evangelio en la mano, para que rematasen tan grandiosa epopeya con esta sublime trilogía: Democracia, Libertad y

República. Cuando un suceso tiene toda esta importancia universal no hay más que inscribirlo en el templo de la gloria y que dejar á quien lo produjera y generara en su inextinguible inmortalidad.

MARIANO BENLLIURE

La precocidad de los niños no es indicio seguro para asegurar lo que serán cuando hombres. Podrían citarse muchos ejemplos de criaturas prodigiosas en sus tiernos años, que en la edad adulta repitieron no más lo que llamó exageradamente su atención á causa de la edad, sumándose luego con las medianías, muriendo sin haber hecho cosa digna de renombre, sin realizar nada que justificara las profecías aventuradas por deudos, amigos ó gentes impresionables. De la precocidad infantil hay que desconfiar, como del primer empuje en el acometimiento de una empresa; no son los destellos los que pueden hacer juzgar de la intensidad de una luz, sino la luz misma.

Esta regla tiene excepciones, y una de ellas segurísima, sin ningún género de dudas, es el artista de cuyas obras vamos á tratar. Lástima que al gusto con que lo hacemos no acompañen conocimientos necesarios para que el juicio resulte sólido; entonces sería digno de él, entonces los pocos que no hayan visto obras suyas podrían apreciar méritos de quien con pasos de gigante recorrió la inmensa distancia que separa el punto de partida de la meta, de la gloria, mas de la gloria legítima, la que se adquiere, no de la que se concede.

Al hablar de la precocidad infantil de Mariano Benlliure no nos creemos obligados á contar anécdotas, ni á referir detalles de vida íntima que la prueben. La revelación del genio del menor de estos hermanos que constituyen una familia de artistas, notables todos, fué espontánea, y que debió manifestarse en sus primeros años lo acreditan las numerosas obras que ha realizado, cuando apenas se halla en la mitad del camino de la vida, cuando puede decirse que está en el punto á propósito para divisar la línea de horizonte, que para su vista serena y penetrante se extiende á más allá del espacio que pueden recorrer otros, aun contando con gran talento.

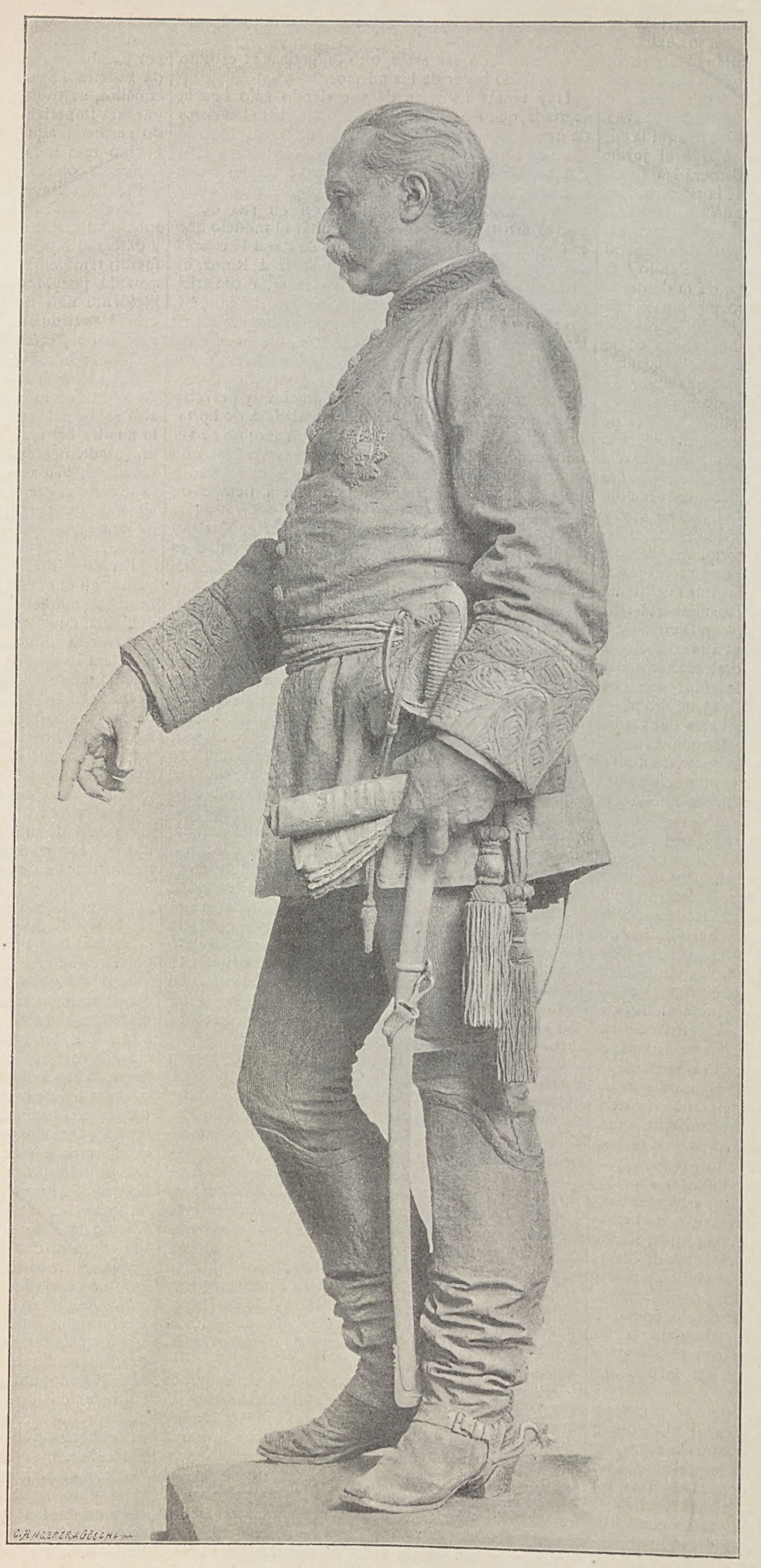
Quien á los treinta años ha hecho lo que él, promete infinitamente más, aseveración que no damos como aventurada profecía, sino como deducción lógica en vista de sus trabajos: las esperanzas no se trocarán en desengaños; las que producen estos resultados son hijas de fantasías que engendra el sentimiento. La mente razonando en los momentos en que la pasión duerme, deja ver claro siempre, y esto nos ocurre al hablar de un artista cuyas obras despiertan entusiasmo, que se mantiene en la frialdad que necesariamente sigue á la impresión del primer momento.

Un artista, su padre, le abrió las puertas de la vida; otro artista, su hermano José, le abrió las del arte. Cuando llegó á Madrid en 1872, hacía un año que el ilustre pintor había dejado las rientes costas valencianas para establecerse en la corte; llevó allá toda su familia, por la que tuvo siempre culto, natural para los que vamos siendo viejos, extraordinario en estos tiempos que la sociedad flaquea por lo mucho que se han relajado tan sagrados vínculos. Educado en un ambiente artístico, manifestó su afición desde luego, no la afición que nace al ver que los otros pintan ó esculpen, sino la que se despierta con el sentimiento, la que prueba de una manera evidente que las facultades son aptas para aquello á que se inclinan. Viendo cómo los demás hacían hizo él; maestro de sí mismo, se fué creando poco á poco, sin frecuentar academias, sin tener maestros, propiamente hablando.

En Valencia había dado pruebas de su capacidad y vocación: las hermanas de San Vicente, que estaban al cuidado de la escuela de párvulos, á que asistía, eran entusiastas del discípulo, no porque aventajara á los demás en la enseñanza rudimental que daban, sino porque frecuentemente las obsequiaba con figuritas de cera, representantes ora un Cristo yacente, ora una Dolorosa, ya un santo patrono, ya una mártir, y así pasaba el tiempo sin perderlo, pues lo que no ganaba en cultura, lo aprovechaba en el ejercicio de un arte que tanta gloria le debía proporcionar. Adoleciendo de un vicio de locución, podía hablar poco, y de aquí, á nuestro modo de ver, su desarrollo considerable de penetración, que es una de las primeras facultades de Mariano Benlliure. Cuando no había donde estudiar un asunto, se recogía, y con elementos que para otros no hubieran significado nada, construía primero en su imaginación, daba forma después y conseguía bellísimas producciones que todos admiraban.

El viaje á Madrid en compañía de los suyos lo hizo con medio billete, lo cual prueba la edad y estatura del futuro escultor, que fué hasta bien pasada la pubertad delicado de salud y débil de constitución. Una vez en la corte, sus padres, con objeto de que concluyera su educación, lo hicieron ir, en compañía de su hermano Juan Antonio, notable pintor ahora, á las escuelas pías; mas sus aficiones artísticas, superiores á todas las que pueden manifestarse en un niño, le hicieron descuidar los estudios por la escultura, y no pocas ganancias debió en aquel tiempo á las figuras de cera y barro que llamaron mucho la atención, pues revelaban claro talento, disposición admirable para el arte y espíritu observador. Dócil, amable, exento de pretenciones, franco, leal y cariñoso, supo captarse siempre las simpatías de todos; gracias á esto el marqués de Heredia lo tuvo algún tiempo junto á sí, dispensándole señaladísima consideración, favoreciéndolo más que con otra cosa con elementos que acrecentaron su primordial cultura, poniéndolo en el camino, que recorrido rápidamente, gracias á su talento, han hecho de él á más de un artista notable, un hombre distinguido, para quien desde hace mucho tiempo están abiertas de par en par las puertas de la buena sociedad.

Uno de los detalles más cómicos de su vida data de aquel tiempo: sus producciones, aunque de escaso valer artístico todavía, probaban ya vastos conocimientos y dominio absoluto de la técnica. Haciendo justicia á estas dotes, una elevada señora, la marquesa de Santa Cruz, lo llamó á su palacio para que le diera lecciones de modelado, y allí iba el joven Mariano á desempeñar cargo honrosísimo, blasonando una seriedad que no podía tener. Gozaba del respeto y consideración de todos; los



ESTATUA DEL EXCMO. SR. D. MANUEL CASSOLA, obra de D. Mariano Benlliure destinada al monumento erigido en Madrid á la memoria del ilustre general

señores, ilustrados y cultos, no podían menos que admirar su talento; los criados, que, como es sabido, toman el tono de los amos para tratar á los extraños que frecuentan la casa, se descubrían á su paso; mas nadie ha dicho todavía que el olfato de los perros llegue á distinguir el genio de los humanos, como nadie ha negado que, leales á sus dueños, los defiendan hasta de peligros imaginarios. De aquí la cómica aventura: un día de aquellos en que el joven Mariano debía dar lección á su aristocrática discípula, llegó serio y estirado, pasó ante la portería y se dispuso á subir; mas no había contado con la huéspeda ó con el huésped, que del sexo no estamos seguros, y un perro, antiartístico sin duda, le acometió dispuesto á morderle en mala parte. Apelando á la estratagema de la fuga, pudo librarse de la dentellada; pero el miedo embargó su ánimo, y hay para reir pensando en sus carreras, gritos y lágrimas, que de todo hubo, y para desternillarse al pensar cómo aquel día la lección de modelado tuvo que suspenderse, dejando lugar á consuelos y palabras tranquilizadoras que exigía el ánimo sobresaltado del maestro.

Así entre lecciones poco importantes, figuras de capricho, de las que merecen especial mención la *Corrida de toros* que expuso en 1876, alguna acuarela con que probaba su aptitud para la pintura, pasó el tiempo en Madrid, donde sólo realizó una obra de importancia: *El descendimiento de Nuestro Señor* para una iglesia de Zamora. Gracias á la recomendación de D. Federico Cantero, los hermanos de una cofradía de aquella ciudad dieron encargo al joven escultor para la ejecución de una obra que cualquiera hubiera creído, con razón, superior á sus fuerzas: debía constar el grupo de ocho figuras, con la cruz asentada en ancha plataforma que figuraba la porción del Calvario en que se llevó á cabo el drama sacrosanto de nuestra redención. Falto de los medios que hoy posee, merced á los cuales su estudio es amplio taller en que tienen cabida las artes auxiliares del verdadero escultor, toda su familia, padre, hermanos, coadjuvaron á la obra, y en plazo relativamente breve quedó expuesta á la veneración de los fieles, que habrán suplido con exceso de devoción las faltas que necesariamente debe tener.

Por este tiempo, esto es hacia 1879, su hermano Pepe, deseoso de abrirse nuevos horizontes, cerrados en nuestra patria por las agitaciones políticas que hace años se suceden, y ansioso de completar su educación artística, vino á establecerse en Roma: apenas se hubo abierto campo, llamó á sus hermanos Mariano y Juan Antonio, y ambos jóvenes, llenos de entusiasmo, buenos deseos y esperanzas, vinieron á la Ciudad Eterna para continuar su carrera. Verdaderamente hicieron lo que debían: Roma, sueño de muchos artistas, es inmenso libro abierto en que puede estudiarse toda la vida; mas desgraciadamente son pocos los que aprovechan; los más vienen á la Ciudad Eterna por afán de lucro, algunos porque oyeron hablar de ambiente favorable para las artes, no pocos por el placer de contar que estuvieron aquí.

Es tema que más de una vez tratamos y en el que jamás nos cansaremos de insistir: venir á Roma para encerrarse en un estudio y seguir pintando ó modelando, es tirar el dinero en balde; para esto vale más quedarse en la patria, al amor del hogar, con el cariño de la familia, inspirándose allí, dado que, según cuentan, en ninguna parte faltan elementos de inspiración para el arte moderno. Los que vienen acá deben decidirse á producir poco en un principio, á estudiar mucho siempre, y si tienen las condiciones que real y verdaderamente debe poseer el artista de nacimiento, podrá tardar más ó menos, pero cogerá frutos sin cuento y se enriquecerá de inspiración para siempre.

El genio artístico romano fué pobre siempre en cuanto á la producción: cuando para el pueblo que fué señor del mundo realizar una conquista representaba solamente un viaje, aguijoneado por el afán de dominar no reposó nunca. Al cerrar Augusto las puertas del templo de Jano, las legiones se habían paseado por todas las comarcas de la tierra conocida, y Roma, la capital por excelencia, fué fondo en que vinieron á parar las riquezas de todos: ellas despertaron el amor á las artes y el afán de lujo; los Verres fueron tantos, que el gran orador romano hubiera podido pasar su vida acusándolos; las depredaciones fueron innumerables, los saqueos continuos; las maravillas artísticas de la antigua Grecia, las severas producciones del arte etrusco y egipcio, los bellísimos caprichos y cuidadas fantasías de las regiones italianas del Mediodía que se miran en los tranquilos espejos que forman los golfos de Tarento y Otranto vinieron á la *urbs*. Aquí fueron encanto de todos, hasta que nuevas ideas, inspiradas más en el cultivo del espíritu que en el acariciamiento de la forma, los hicieron caer en el olvido y durmieron mucho tiempo en absoluto reposo, bajo la pesada capa de tierra que los siglos aglomeraron sobre ellos. El sol de nuevos tiempos los iluminó otra vez; gracias á esto renacieron las artes, esto es, gracias al estudio que se pudo hacer de los mismos.

Hay tantas maneras de ver, siendo sólo una la acertada, que en gran número de casos los elementos de que aquí se dispone sirven para poco. Esto se debe casi siempre á falta de condiciones naturales ó á falta de estudios; en no pocos casos á las dos cosas reunidas. No puede explicarse de otra manera la dificultad absoluta que manifestaron en sus obras ciertos artistas, incapaces de ocultar el modelo que se encuentra en la calle, incapaces de dar á la escena sabor local y de época: no basta venir á Roma, es necesario penetrarse de cuanto atesora, estudiarlo, retrotraerse en el tiempo, sentir como ha debido sentirse en cada siglo, y entonces, sólo entonces resultará la obra. No se verá, por ejemplo, una madre de los Gracos que no pasa de señorita moderna, enseñando la doctrina cristiana á dos pobrecitos arenеros, ni una Tulia, que más que ambiciosa y perversa hija de reyes, parece desaforada vendedora de hortalizas que se dirige presurosa al mercado; no se verían cuadros inspirados en recuerdos clásicos que semejan escenas carnavalescas en que chocharos y trasteverinos se disfrazaron porque era tiempo de hacerlo.

Por fortuna suya y felizmente para el arte, Mariano Benlliure entendió lo que debía entender; verdad es que disponía de excepcionales facultades; recién llegado de Roma pintó no pocas acuarelas, que entonces se vendían bien; mas la mayor parte del tiempo la invertía en el estudio que tan opimos frutos le ha producido. Conociendo la técnica como la conocía, dibujando admirablemente, cosa poco común entre los escultores, por más que parezca extraño, la producción no podía embarazarle, le preocupaba el desenvolvimiento de la idea, á la que hay que dar forma á propósito, para que el público se apodere de ella, la haga suya, la comprenda desde el primer momento y pueda cada cual hacerse la ilusión de que fué quien la sugirió al artista. Este dificilísimo resultado lo consiguió Benlliure con el *Monaguillo*, primera escultura que hizo en Roma: la expresión del muchacho travieso que manejando el incensario con poco cuidado, se abrasa la mano, y contorciendo todo el cuerpo por el dolor, se la lleva á la boca, en tanto salta por la irritación nerviosa que le produce el chasco, no puede ser más propia. No hay en toda la obra un detalle ajeno á lo que debe sentirse en caso semejante: la contracción del rostro, las convulsiones de los demás miembros, sorprendidas por el artista en el momento más oportuno, todo en fin, hace recordar una escena que muchos habrán visto, que todos creerán ver real y verdaderamente.

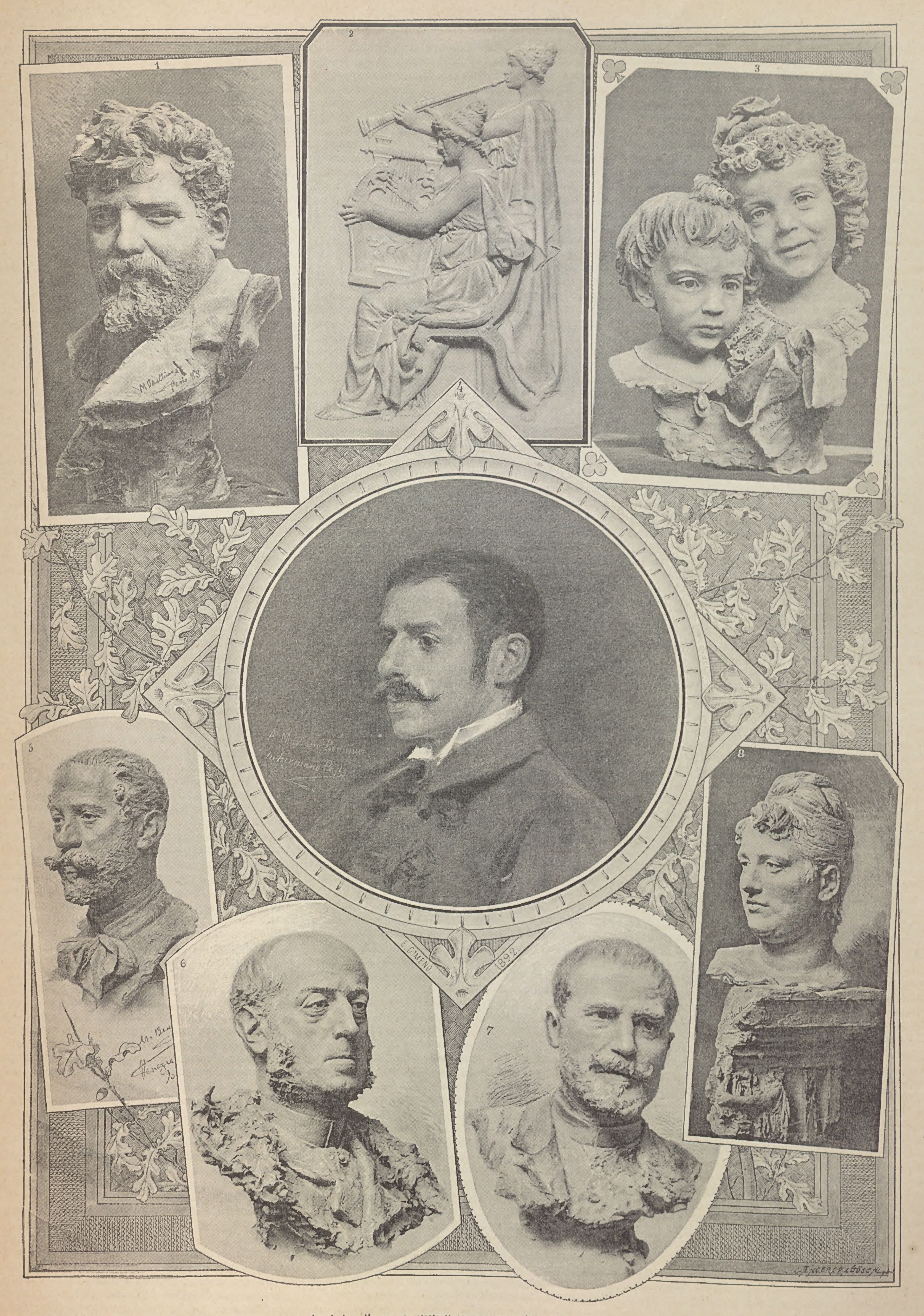
Ejecutada con sobria espontaneidad, que es una de las características de tan distinguido artista, llamó extraordinariamente la atención y fué premiada con medalla de segunda clase en la Exposición de Madrid el año 1884. En la carrera del joven artista representaba un progreso, pero cuantos lo conocían afirmaron que aquello le era fácil, que no había tenido que realizar grandes esfuerzos desde que salió de la corte para llegar á tal punto. Era menester ocasión propicia para que probara su genio y los beneficios conseguidos desde que llegó á Roma, y afortunadamente no tardó en presentarse. El riquísimo americano Marquardt, cuyos viajes á Europa esperan los artistas como los judíos la venida del Mesías, visitó su estudio, y en vista de los trabajos que admiró allí, no titubeó en encargarle tres bajos relieves de asuntos clásicos.

Dos de ellos debían decorar nichos de esquinas que rompen los ángulos del elegante saloncito de música del potentado americano; el tercero, largo y estrecho, debía correr como elegante friso sobre una chimenea. Determinados los asuntos, Mariano Benlliure acometió la empresa, probando que él había entrado en Roma y Roma en él. *La carrera de carros en el Circo Máximo* es una creación admirable: los divertimientos griegos sufrieron al pasar á Roma la corrupción impuesta á todo durante la época imperial; allá en la patria verdadera del arte, el circo, la palestra, el hipódromo, estaban reservados á jóvenes que debían acrecentar su fuerza, adquirir agilidad y prepararse á todo evento, y Píndaro halló motivos de inspiración para cantar la gracia varonil de los vencedores en unos juegos que según la tradición mítica habían sido la primera vez ejercicio de los dioses cuando Apolo otorgó la rama de laurel á Pólux, que venció en el pugilato, á Cástor en la carrera de caballos, á Hércules en el pancracio, á Calais en la carrera, á Zetes en el combate con armadura, á Talamón en la lucha y á Peleo en el disco. En Roma se adulteró todo; sacios de lo natural y admitido, cuando probaron ser dignos de dominar al mundo, comenzaron las extravagancias: los cocheros del circo, gente despreciable hasta entonces, fueron envidiados por hombres libres y patricios; los caballos finísimos de nuestra España, tan ponderados para los juegos aquellos, sustituídos por perros, tigres y elefantes; la púrpura imperial se empolvó más de una vez, tomando parte en aquellas carreras que embriagaban al pueblo romano, que cantaron sus poetas, que con tan vivos colores pintaron los apologistas Lactancio y Tertuliano.

Extendiéndose á más el bastardeamiento, no fueron sólo hombres los que se expusieron á las duras y descaradas invectivas del populacho. Las mujeres fueron también aurigas en el circo; la carrera representada por Mariano Benlliure es una de estas; el incidente uno de los más interesantes: una de las cuadrigas triunfantes desde el principio, *occupavit et vicit*, como decían en el *sport* de entonces, se halla próxima á la meta; uno de los caballos *jugales*, rendido ya, cae; los dos de la derecha lo arrastran, en tanto que espantado el *funalis* de la izquierda se alza sobre las patas traseras; la hermosa mujer que lo guiaba ha sido despedida del carro vuelto y es arrastrada necesariamente, dada la manera de llevar las riendas; su augustia es tanto mayor, cuanto que la muerte es cierta, pues á pesar de los esfuerzos de su conductora para cambiar la dirección, la cuadriga inmediata, que conseguirá el triunfo, se le viene encima.

En esta interesantísima escena, como en la expuesta en el otro bajo relieve semejante, que representa el momento en que un gladiador que ha vencido á su contrario mira orgulloso á la muchedumbre para ver la dirección de los pulgares, indicadora de si dejará la vida ó rematará al aterrado, probó Benlliure un adelanto considerable: aquel joven que hasta poco antes había hecho santos y toreros, que hacía meses había conseguido una medalla por la figura que no pasa de constituir detalle de la vida real, observable en cualquier momento, probó al par que progreso en la técnica, grande amor al estudio, que realizado en buenas condiciones, es siempre productor de frutos inmediatos. Por grande que sea el talento de un hombre, las cosas que existieron hay que reconocerlas, no se pueden inventar; para reconstruir una escena clásica no basta el estudio de los objetos que deben figurar en el cuadro, ni disfrazar los modelos con trajes de la época. En los mosaicos de Lyón y Barcelona, en piedras grabadas y medallas, hay figuradas carreras de carros en que puede estudiarse la indumentaria y los arreos; en el museo Vaticano se conservan bigas y arneses de época romana fáciles de copiar; entre los modelos que vienen de la provincia romana, entre los habitantes del Trastevere, hay mujeres musculosas, de elevada estatura, como debían ser las impúdicas que se prestaban á divertir al pueblo en el circo, pero con la suma de estos elementos no se obtendría jamás una escena romana si no la redondea el genio del artista. ¿Qué importa el concienzudo estudio de armas, arreos é indumentos si falta el conocimiento exacto del espíritu que debe animar la creación artística? ¿Qué importa que amigos ó conocidos den al pintor ó escultor la traducción de un pasaje de Tito Livio ó de Tertuliano para que adquiera conocimiento del asunto que debe tratar, si falta inspiración con que iluminar lo referido por el historiador ó el apologista? La verdadera fortuna, la gran suerte que algunos decantan tanto como auxiliar de Mariano Benlliure, es esta: que una palabra lo inspira; que con los más sencillos elementos reconstruye un cuadro, presentando la escena como debió ser. Si aquellos antiguos romanos para quienes la vida estaba reducida á *panem et circenses* alzaran la cabeza ahora, si no morían de nuevo y repentinamente al ver el yermo que se extiende en lo que fué arena del Circo Máximo, parte de la que está ocupada por pobrísimo cementerio judío, podrían reconocer la escena reproducida, copia de una de aquellas tan frecuentes en los juegos. Estos bajos relieves, que no son grandes, tienen un ambiente inmenso; unos caballos se mueven jadeantes, otros saltan asustados; la auriga arrastrada expresa, al par que el dolor sufrido en la caída, el miedo que le causan las pisadas de los corceles que se le vienen encima; al par que la cólera por el fracaso, rabia del alma enconada al sentir las invectivas de quienes antes la admiraban y entonces la despreciaban.

En el tercero de los bajos relieves ejecutados para Mr. Marquardt probó Mariano Benlliure más atención, mayor gracia é igual suma de conocimientos. El asunto es una *Bacanal*, inspirada no en el concepto que llegaron á tener estas fiestas en la antigua Roma, sino en la alegre calma que fué encanto de las mismas en la Grecia clásica; representa no las



1. EL PINTOR D. FRANCISCO DOMINGO. – 2. LA ARMONÍA, bajo relieve. – 3. NINI Y MARIANOTE, hijos del artista. – 4. RETRATO DEL ESCULTOR D. MARIANO BENLLIURE, pintado por su hermano D. José – 5. EL PINTOR D. JOSÉ VILLEGAS. – 6. EXCMO. SR. D. MANUEL SILVELA. – 7. JULIÁN GAYARRE. – 8. LA ESPOSA DE BENLLIURE

fiestas establecidas en Etruria por aquel *Græcus ignobilis*, como llama Tito Livio al importador de tales fiestas, ni la orgía desenfrenada que denunció la sacerdotisa de Baco, Paculla Annia, sino el triunfo de Dionisios, la alegre procesión en que sátiros y bacantes, después de haber hecho sacrificios al más alegre de los dioses, desfilan cantando y bailando al son de los instrumentos gratos al hijo de Semele. Salen del templo cuya ancha gradería forma el fondo de tan admirable bajo relieve: á la izquierda, recostados en los escalones, se ven dos adoradores, sin duda de los más fervientes, que no se hallan ya en estado de seguir la comitiva que camina con la animación y el arranque que imprime la orgiástica fiesta: unos tañen los instrumentos que alegran, otros esgrimen tirsos, muchos entre sí enlazan los brazos y saltan al compás de la música bulliciosa; ménades con las cabezas ceñidas por verdes y frescos pámpanos van sobre leonas y panteras, guiadas por hábiles domadores, y abriendo el cortejo marchan pausadamente tres mujeres elegantísimas, cubiertas por amplio peplo, tocando tibias. El conjunto bellísimo no desmerece en nada si se analiza nimiamente; no hay un detalle descuidado y revela atentísimo estudio de los monumentos en que forzosamente tenía que inspirarse.

En la parte hecha del monumento que agradecidos paisanos pensaron elevar al marqués de Campos, que viviendo más tiempo hubiera tenido exageradamente la satisfacción que con justicia acordaron sus compatriotas á Wéllington, y de quien pocos se acuerdan ya, probó Benlliure que servía para hacer grande, según dicen los del arte. En dos de las figuras que habían de colocarse en los ángulos del pedestal, base de la estatua del ilustre banquero, representó la Agricultura y el Comercio. El contraste no podía ser más vistoso: la figura de mujer, representación de la primera, el hombre que representaba al segundo, son estatuas de pureza clásica tan grande, que atestiguan detenido estudio de los maestros cuya reputación será eterna. Puestos á contribución los tesoros de arte que encierran los museos romanos, habiendo visitado con el detenimiento que merece la capilla florentina de los Médicis, donde Miguel Angel dejó las más grandes pruebas de su genio colosal, Benlliure modernizando las representaciones, hizo la escultura más perfecta que tal vez hasta ahora ha salido de sus manos. Sin incurrir en exageraciones barrocas y de mal gusto, las hizo con la amplitud de formas que exigía el asunto y las proporciones del monumento en que debían figurar, conservando en el desnudo la castidad necesaria para que la mente se eleve y la materia permanezca muda, requisito que nunca deben olvidar los escultores y que desgraciadamente no recuerdan el mayor número, por no sacrificar otras condiciones. Estas figuras valieron á su autor medalla de oro y otra igual consiguió en la Exposición de 1887 por la estatua de Ribera, en que supo sorprender los dos sentimientos más grandes del pintor valenciano: el amor al arte y el carácter belicoso campean con grandísima fuerza en aquella figura, que á más de probar el valer de Benlliure como escultor, es en la plaza de su ciudad natal testimonio de afecto y cariñoso recuerdo hacia la población en que vió la luz y pasó los primeros años de su vida.

Conocido ventajosamente como no podía ser menos, Benlliure ha seguido trabajando y progresando siempre; verdad es que ha tenido el estrecho campo que se preparó con sus obras anteriores, gracias á las que en todas ocasiones lo han recordado para trabajos que exigían el valor real que posee. Su estatua á *Doña Bárbara de Braganza*, el monumento al *teniente Ruiz*, héroe de nuestra independencia injustamente olvidado por mucho tiempo, el elevado á la gloriosa memoria del primer *marqués de Santa Cruz* son producciones con cada una de las cuales cualquier escultor habría hecho su reputación. Dotado de sentimiento exquisito, estudiando profundamente la época del personaje que debe representar, inspirándose perfectamente en el concepto que han de manifestar, todas sus estatuas resultan páginas de historia. El carácter bondadoso de la virtuosa esposa de Fernando VI se advierte desde luego en la figura alzada ante el monumento de que fué fundadora, de la misma manera que resalta el valor sereno en la de D. Alvaro de Bazán, y en el héroe de nuestra independencia brilla la bravura entusiasta, el arranque impremeditado á que lleva el verdadero amor á la patria.

Afortunado en la ejecución de estas obras grandiosas, en que supo traducir al mármol y al bronce proezas guerreras, hechos heroicos y virtudes imperecederas, no lo podía ser menos en obras más ligeras al parecer, pero que para ser buenas es necesario que en ellas haya vencido el artista gran número de dificultades. Más de una vez, hablando con señoritas aficionadas al arte, nos ha sorprendido la declaración hecha con suma modestia de que no pintaban más que flores. Quien tuviera la desgracia de ignorar lo que son las más bellas galas de la naturaleza, podría creer, oyéndolas, eran cosas tan fáciles de retratar que con escasos conocimientos y poquísimo trabajo se conseguía; nada más lejos de la verdad. No podrán llevarse nunca á la paleta humana los tonos delicados que embellecen las corolas, la mano del hombre no será apta jamás para trasladar al lienzo la suavidad y morbidez de los pétalos que recrean la vista. En escultura hay una extravagancia semejante: un escultor incipiente acomete sin rodeos la ejecución de un busto, de un retrato, creyendo que la proporción y el dibujo bastan para conseguir el parecido y que esto es todo. El error no puede ser más grande; la mascarilla obtenida sobre un cadáver, no desfigurado por penosa agonía ó por convulsiones violentas, acusa una semejanza exacta, y sin embargo, una mascarilla no puede llamarse jamás retrato; falta en ella algo esencial, falta la vida, el movimiento en la expresión, que salva muchas veces la obra aunque carezca de otras condiciones. Las facultades de Benlliure son aptas como las de pocos para este género de trabajos que muchos consideran sin importancia: hace años lo probó así. Cuando volvía de Madrid premiado por el *Monaguillo* de que hablamos al comenzar, vió en París á su paisano y amigo el distinguido pintor *Domingo* é hizo el busto más bello y de expresión más grande que puede desearse: los que conozcan al autor de *Santa Clara* nos darán seguramente la razón: nada más parecido, nada más animado; los que no le conozcan concederán sin esfuerzo que es la imagen de un hombre de talento, de genio inquieto, de ánimo arriesgado. Este, que fué su primer trabajo en el género, le abrió la puerta, y desde entonces á guisa de distracción (que para él lo es ciertamente) ha hecho no pocos, y todos resultan acabadísimas obras de arte. La enumeración completa resultaría demasiado larga, por lo que sin esforzar la memoria mencionaremos únicamente el del distinguido hombre público *D. Manuel Silvela*, tipo severo, acusadísimo de líneas, que á cualquier otro hubiera resultado duro; el de nuestro querido *Pepe Villegas* respirando modestia encantadora, que es su condición sobresaliente, la bondad de su alma generosa que va hasta la exageración y que sin embargo resulta menor que su talento; el del malogrado *Plasencia* robado al arte cuando llegaba á realizar esperanzas que justamente había hecho concebir; el de su cuñada *María Benlliure*, madre amantísima en que sobresalen como condiciones la virtud de la cristiana, la belleza de las hijas del Turia y el grupo encantador en que alientan los hijos del ilustre artista. *Nini* y *Marianote*, como amistosamente llaman todos á las encantadoras criaturitas, han recibido nueva vida de quien les dió el ser: dichoso el padre que ve crecer á sus hijos, que los educa fundando en ellos esperanzas y alienta el consuelo de que habrá en el mundo quien lo acompañe y conforte en la achacosa vejez, que queda acá en la tierra quien cierre sus ojos cuando muera, quien llore su ausencia eterna; más feliz aún quien como el artista puede reproducir las imágenes queridas de estos pedazos del alma para tenerlas siempre delante; felicísimos los que para recordarlos ni deben cerrar los ojos á la vida ni descender á la eterna noche de pena que produce una pérdida irreparable, quienes para verlos no tienen que ensanchar las heridas del alma, donde viven eternamente cuando vuelan al cielo.

Oímos contar que compitiendo dos cantantes, una italiana, otra española, aquélla al finalizar un aria exclamó soberbia: *¡Cosí si canta in Italia!* Al acabar el suyo nuestra compatriota, la miró con faz satisfecha por haberla aventajado y le dijo: *¡Cosí si canta nell cielo!* No sabemos cómo cantaría; mas si le quedó absoluta seguridad de ser cierto lo dicho entonces, á buen seguro que se habría arrepentido oyendo al inmortal Gayarre. No es fácil olvidar al artista inimitable, muerto en la flor de los años, en la plenitud de la vida, en el apogeo de la gloria: aquel tenor en que encarnaban perfectamente los personajes de los grandes poemas musicales de todos los tiempos, digno de estatuas en vida, no alcanzó á tenerlas por la brevedad de la suya, mas tendrá monumento que perpetúe su fama, que dé á conocer sus gloriosos triunfos en la escena, obra debida á Mariano Benlliure, con la que dará nuevo testimonio de su genio. Sobre ancha gradería asienta amplio sarcófago, cuyos lados decoran grupos de angelitos sosteniendo fajas en que están inscritos los títulos de las óperas en que se distinguió nuestro compatriota: sobre este sarcófago que recuerda los más bellos de las tumbas famosas del Renacimiento, posan dos figuras semidesnudas, cuyos paños flotan en parte, en parte caen sobre el primer cuerpo, rompiendo el plano: sostienen el ataúd de riquísima ornamentación, sobre el cual, coronando todo el monumento, hay un ángel con las alas desplegadas, sin duda el de las más puras melodías, en actitud de escuchar. La idea de que aun muerto Gayarre cautiva con su voz á los ángeles, es poética en alto grado, y cuando en presencia de aquella obra se recuerda al hombre cuyo cadáver debe contener y vienen á la memoria los acentos desesperados de Roberto, los apasionados lamentos de Arturo, la satisfacción inmensa de Vasco de Gama, el amor purísimo de Fernando, se cierran los ojos á la realidad, la ilusión se hace completa y parece que efectivamente suena la voz incomparable de aquel tenor y que laten en el aire las dulces notas del *Spirto gentile*. Monumento en que no hay un detalle descuidado, llama justamente la atención por todos conceptos y desde luego se impone la figura de la Música, que llora sentada en las gradas, apoyando la cabeza en la lira. Es tan sentida, tan pura de líneas y tan perfecta, se halla tan bien colocada, respira tanto el justo sentimiento de que el autor la hizo rebosar, que será sin duda una de las más bellas creaciones de Benlliure.

Al par que en este monumento, trabaja febrilmente en otro cuya premura exigen las circunstancias. El año en que nos hallamos es centenario de dos fechas memorables, gloriosísimas para nuestra patria, de suma importancia para la historia universal. Hace cuatrocientos años, reinando en Castilla la más grande de las reinas, la virtuosísima Isabel I, nuestra patria, después de incalculables esfuerzos, pudo sacudir el yugo agareno: otra vez pasados siete siglos lució la cruz donde por flaquezas del último rey godo había campeado la media luna. Hace cuatrocientos años que después de cruelísima peregrinación por repúblicas y cortes, un obscuro navegante, que ofrecía un mundo y de quien todos reían, llegó al Real de Santa Fe y puso á los pies de nuestra reina todas sus esperanzas. Ella, que tanto había hecho por Dios, tuvo preciada recompensa en la inspiración sin duda venida de lo alto, y acogiendo con cariño á quien los demás reputaban loco, no sólo evitó que lo llegara á ser, viéndose despreciado, sino que lo alentó en sus esperanzas y le proporcionó medios para que llegaran á ser realidades. La celebración de ambos hechos se imponía al decoro nacional y España se apresta para que resulte apoteosis. Ninguna ciudad tan digna de contener el monumento conmemorativo de ambas empresas como Granada: allí, donde nuestros reyes pudieron decir que ceñían la corona de España, dieron medios para conquistar las de un nuevo mundo; y allí, en la oriental sultana que lloró el rey moro con justísima razón, se alzará el que por encargo del gobierno está ejecutando Mariano Benlliure. Los lados del extenso pedestal van decorados por bajos relieves inimitables: uno representa el episodio del sitio de Vélez Málaga, cuando Fernando el Católico, sorprendido por feroz algarada, montó á caballo sin más armas que el peto, sin más defensa que la lanza, y ciego de ira arremetió contra la morisma, poniendo en gran riesgo su vida, que salvaron valientes capitanes, probados en la guerra, á quienes el rey dió ejemplo en aquella memorable jornada. El de la parte opuesta representa la firma del tratado entre los Reyes Católicos y Colón, el momento en que se alza la reina y extendiendo la mano para firmar, levanta los ojos al cielo pidiendo feliz éxito para una empresa cuyos preliminares había defendido con todo el calor de su alma.

Maestro en la escultura, y superando á los mejores en el bajo relieve, Benlliure, en estos dos que resultan cuadros, se ha excedido á sí mismo, consiguiendo probar sus maravillosas facultades en el contraste que resulta de ambos. En uno ha expresado todo el ardor del combate; tiene todo el movimiento, toda la vida que requiere el asunto; es una escena de guerra con que se han identificado perfectamente sus ardores juveniles. El otro, escena de paz, está inspirado en la calma, en el recogimiento que presiden á todos los grandes sucesos.

Dos figuras alegóricas, Europa y América, situadas cada una en los extremos del frente, alzan un paño en que campea el escudo de España, descubriendo las dos fechas memorables, la de la rendición de Granada, la del descubrimiento del Nuevo Mundo.

La grandiosidad y perfección de los accesorios no distraerá la atención del grupo principal, digno de la más detenida. Lo forman la reina y el audaz navegante. Ella, cubierta con el pesado manto real, ceñida la cabeza con la corona que tan bien había ganado, escucha atenta, sentada en rica silla gótica, las demostraciones del creído aventurero que medio arrodillado en las gradas del trono le indica en el mapa la nueva ruta que le llevará á la inmortalidad. La expresión de la reina es tan noble, tan elevada, tan grande, que no hubiera sido posible confundirla aun sin los indumentos de su alta jerarquía; aquella



JARRÓN DE BRONCE, obra de D. Mariano Benlliure

es una reina, pero la buena, la magnánima, tal como se comprende al leer su vida. En el rostro de Colón luce el aire persuasivo de quien habla inspirado por la fe y el conocimiento más grandes: aquél, sin que pueda dudarse un momento, es el Colón de la historia, trabajado por las fatigas de sus infructuosos viajes anteriores, cansado de sufrir desvíos, desengaños y burlas, que halla al fin quien lo escuche bondadosamente, y siendo uno é indivisible, como no podía ser de otro modo, el momento escogido, la faz aquella parece que realmente se dilata y que se anima la mirada.

Lo repetido de un asunto en que desde hace tiempo se ensayan artistas de gran valer, la disparidad de las figuras, la necesidad de una acción determinada, eran escollos de gran importancia, y todos los ha vencido Benlliure magistralmente en el breve plazo de que podía disponer. Comenzado en los primeros días del año, se inaugurará en Octubre, y cuando se conozca la historia de un monumento grandioso que tantos méritos atesora, cuando se le vea tan bueno y tan bello, todos entonces, como nosotros ahora, concederán excepcionales facultades al artista, porque realmente las posee.

Este ligero estudio, si se atiende al escaso mérito que tiene, resultará largo, mas á juzgar del período de vida que abarca, y comprendiendo lo que Mariano Benlliure vale, no pasará mucho tiempo sin que resulte capítulo insignificante de la biografía que deberán hacerle.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LA DUQUESA EN BERLINA

Ni sus facciones eran perfectas ni su figura escultural; pero bañaba su rostro una simpatía tan insinuante y conmovedora, que verla sin admirarla era imposible.

Su nombre y sus blasones resonaban fríos como un rosario de viejas rezadoras, pero su presencia y su verboso ingenio aparecían atractivos y ardientes.

Al nacer la pusieron bajo el patrimonio de santas respetabilísimas, como Agustina, Dorotea, Macaria, Escolástica, etc., etc., y á los diez y ocho años heredó entre otros títulos campanudos los de marquesa de Peña Dura, condesa de Roca Nieve y baronesa de Piedra Firme; pero sus amigos la llamaban solamente A-Tea, contrayendo sus dos primeros nombres en una sola palabra, cuyo significado, por feliz casualidad, era símbolo del carácter de Agustina, más que razonable y caviloso, incrédulo y descontentadizo.

Aunque A-Tea nada creía, todo lo inspiraba; su poder, tanto como absoluto, era incomprensible. Violenta como el fiero huracán en sus arrebatos, penetrante como lluvia continuada en sus empeños, devastadora como la hoguera bien prendida en sus odios, cubría sus pasiones con una placidez incomparable, haciendo el daño sin esfuerzo, sin ruido, sin ardor. Su sociedad era un mundo encantado: nunca resonaban en su presencia los ayes dolorosos de los vencidos ni las blasfemias de los impotentes... Con una contracción de sus labios, que nunca fué sonrisa; con una mirada siempre ajena de ternura; con un gesto insignificante de absoluto desdén, sabía disfrazar dolores y penas infernales, que cediendo al deseo de A-Tea cubríanse con máscara de mentirosos placeres y dichas envidiadas.

Así no resonaba jamás cerca de Agustina el rumor sordo pero iracundo que se levanta siempre contra los abusivos tiranos, y ni á los poetas más admirados ocurrióseles una sola vez llamarla, no ya «Sirena irritante y fascinadora,» ni siquiera «Circe incomparable y malévola;» sólo un hombre, indiferente á las novelas amorosas que se desarrollaban alrededor de Agustina, tuvo el capricho de bautizarla nuevamente con una frase breve que sintetizaba la pretenciosa elegancia, la frivolidad y la indiferencia de A-Tea. Este hombre, más curtido en los lances de la caza que avezado á cortesanas aventuras, más dichoso con la satisfacción de fáciles deseos que con la esperanza de ruidosas conquistas, era D. Enrique Díaz de la Espuma, duque de Negra Sombra: nobleza de primera clase, caudal de primera fuerza y figura de primera magnitud; tres veces gigante y tres veces poderoso, por su alcurnia, por su hacienda y por su arrogante gallardía. Acaso también por su brusquedad sin ejemplo y su independencia semisalvaje.

Una tarde al entrar el duque de Negra Sombra en el casino, acercóse por casualidad, pues no tenía costumbre de hacerlo, al grupo que formaban los jóvenes más elegantes y *fin de siglo* ocupados en repetir el mismo tema de conversación, pues hablaban solamente de mujeres.

Un desesperado consumía un turno recordando con muchísimo respeto los desdenes y *espiégleries* de Agustina.

El duque interrumpió al orador para decir lo siguiente:

– Ocurren tales cosas porque son ustedes unos majaderos.

Hubo en el auditorio indescriptible sorpresa: el preopinante abre los ojos desmesuradamente como si quisiera librarse de una pesadilla.

– Analicemos, prosigue Negra Sombra. ¿Dónde ven ustedes los encantos arrebatadores de A-Tea? ¿En su cara que no es bonita? ¿En su cintura que no es airosa? ¿En su cuerpo exento de llamativas morbideces? ¿En su mirada que parece un reflejo sobre la nieve? ¿Acaso en su fácil sonrisa que ningún apetito despierta, ó en sus andares faltos del gracioso meneo que hace retemblar las expresivas curvas... cuando hay curvas? Allí faltan roces y calor humano, créanlo ustedes; anda con máquina; tiene dentro del pecho un mecanismo de relojería en vez de corazón, y así va ello; no es una mujer, es un *bebé de lujo.*

¡El *bebé de lujo!:* buena cosa dijo el duque; sólo él podría permitirse tal audacia; pero ya puesta en juego, hubo algunos despechados que se revistieron de valor para repetir públicamente aquel agrio calificativo.

Y llegó muy pronto á oídos de Agustina, la cual escuchándolo no hizo ningún ademán que demostrara su disgusto; antes celebró el acierto de Negra Sombra con estas palabras:

– El *bebé*... como soy chiquita... me cuadra mejor que A-Tea... Esto era muy fuerte. A-Tea... El *bebé de lujo*... Largo resulta, pero tiene gracia... muchísima gracia... ¿Desde cuándo se le habrá despertado el ingenio á ese animal?... *Bebé de lujo*... Bien... Yo creí que sólo era certero en la caza... pues ahora también hizo buena puntería.

Y no se habló más de aquello.

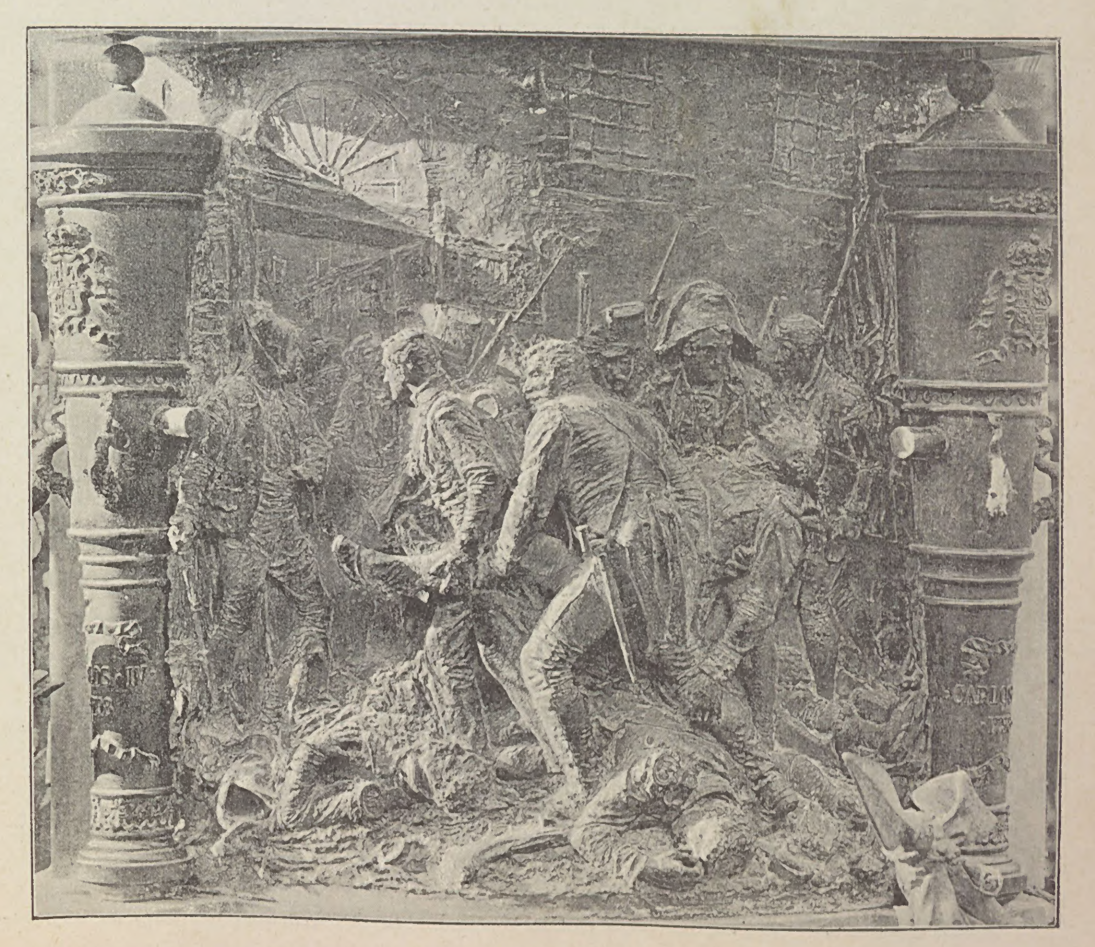
Al cabo de cinco meses dióse como cierta una sorprendente noticia.

El duque de Negra Sombra contraía matrimonio con la marquesa de Peña Dura.

El *bebé* mecánico había humillado al gigante forzudo y poderoso.

A-Tea estaba enamorada, Enrique loco de amor.

La boda fué un acontecimiento incomparable; verificóse á las ocho de la mañana en la capilla del hotel de la marquesa, y á las diez trasladáronse los novios al palacio del duque.



BAJO RELIEVE DEL PEDESTAL DEL MONUMENTO ERIGIDO EN MADRID Á LA MEMORIA DEL TENIENTE RUIZ, obra de D. Mariano Benlliure



Monumento erigido en la plaza del Rey (Madrid) en honor del teniente D. Jacinto Ruiz, obra de D. Mariano Benlliure



EN EL CIRCO, alto relieve de D. Mariano Benlliure

Al pie de la escalera Enrique se apeó del carruaje saltando con ligereza, y volvióse rápidamente para ofrecer apoyo á su esposa; ella, en lugar de darle la mano, arrojóse con abandono en los brazos del duque, que la oprimió dulcemente, y en vez de apoyarla en el primer escalón levantóla sobre su pecho, y corrió, sin darse cuenta de su arrebato, hasta la cámara nupcial.

A-Tea sonreía, Enrique deliraba.

– *Bebé*, mira tu *bebé*, que te ama, que te hace gozar, que morirá por ti si es preciso, murmuraba tiernamente Agustina.

– ¡*Bebé* de mi alma! Para nosotros quedó atrás el mundo; estamos ya en el paraíso, donde no hay ventura mayor que la que tú me ofreces.

– Volveremos al mundo... Volveremos á sufrir...

– Nunca; este placer no tiene límite: será eterno.

– Para ti... Yo en cambio sufro. ¡Esto es horrible! ¡Sí, estoy celosa!

Y se puso á llorar con estrépito.

– ¿Celosa?, preguntó Enrique desconcertado. ¡Celosa!, repitió sin saber lo que decía. ¡Celosa! ¡Celosa!... ¿Cómo puede ser?

– Tú has conocido á tantas mujeres antes de conocerme;... tantas hubo que te brindaron caricias... A mi lado las recordarás á todas horas, porque yo desconozco el secreto de tus pasiones, carezco de atractivos materiales, no sabré hacer lo que hicieron ellas para refinar tus placeres... Tú lo dijiste un día y acertaste; soy un *bebé de lujo*, un juguete de porcelana insensible y frío... Quisiera ser un vaso de oro rebosando sensualidad...

– ¡Lo eres todo para mí!

– No unas el engaño al engaño. Me adoras y me compadeces; pero bien sabes que no soy lo que tú decías, lo que tú necesitas para tus goces.

– Necesito verte dichosa para ser dichoso.

– Y los recuerdos fascinadores de aquellas mujeres, ¿cómo se borran?

– Yo no he querido á nadie más que á ti.

– Pero has gozado mucho.

– Porque no te conocía.

– Yo soy otra cosa. *Ellas* me vencen; saben más que yo. Hicieron de las pasiones un oficio.

– Tú eres otra cosa. *Ellas* la imagen grosera que brilla con mentidos resplandores; tú el mismo Dios que baja de los cielos para redimirme y glorificarme. ¡Agustina! Tus dudas me descorazonan y tus sufrimientos me matan. Piensa en lo que te adoro y en lo que me quieres; aparta ideas tristes.

– Bien: para no turbar tus goces callaré, sufriendo y llorando cuando mis lágrimas no puedan molestarte...

Así amargó sus labios el fiero duque de Negra Sombra con la primera gota de hiel.

Y ¡desde aquel día tuvo que tragar tantas!

Los celos, que se habían levantado como una imagen borrosa y tenue, fueron creciendo hasta convertirse muy pronto en desencanto amenazador y terrible.

Ya no era el pasado alzándose como una visión fantástica, era el presente apareciendo como una realidad corpórea. Ya no eran recuerdos los imaginados enemigos, eran *ilusiones* recientes y *esperanzas* conmovedoras.

– Anoche, anoche... ¡cómo te miraba Teresa!, pensaréis que no lo noté, decía descomponiéndose Agustina. ¡Teresa! ¡La virtuosa! ¡No tiene mala virtud!... pero en cambio tiene buen descote... ¡Traidores! ¡Canallas!... ¡Quita! ¡Sucios!

A la tarde siguiente otros cantares:

– ¡Gracias á Dios que os pesqué! ¡Miren la melindrosa! ¡Y cuántos gestos hace delante de ti! ¡Carmen, Carmen! Sí, sí, Teresa también; pero Carmen aún más. Y me fastidia por lo que tú sabes... Aquellos ojos que parecen hogueras... ¡cómo te atraen!... Oye. Te prohibo que la mires... Ya me cuidaré de que no vuelva. Cualquier día sucederá un desastre aquí, porque me saca de tino.

Y así todos los días.

Enrique, sufriendo sin cesar tantas amarguras, amaba con delirio á su mujer, procurando por todos los medios imaginables mimarla y satisfacerla.

¡Empeño inútil!

Sus atenciones eran remordimientos y sus caricias disimulos, á juicio de Agustina.

¡Qué situación tan envidiable para un esposo enamorado!

A cada hora nuevos contratiempos: á cada minuto inverosímiles recriminaciones. Teresa, Carmen, Luisa, Borja, Trinidad, Amparo, Isabel, Casandra, Gloria... mil sombras; agotado el *Flos sanctorum*, el mundo entero convertido en harén y Enrique gozando y eligiendo como un solterón; ¡pobre sultán!

¡Cuánto le martirizaban las imaginaciones de A-Tea, las infundadas imaginaciones que, además de robarle sus dichosas alegrías, le abrumaron alguna vez con el ridículo! ¡Ah! ¡El ridículo! Esta idea estremeciendo violentamente su cerebro pudo matarle. ¡Ridículo! Antes renunciar á todo, buscando en el suicidio la calma. Ofreciósele un momento como extraña visión la sociedad entera riéndose á carcajadas de sus delirios. ¡Morir! No hubo causa para tanto. Su enérgico, su indomable carácter ¿no dominaría el caprichoso delirio de una mujer, de una mujer que le amaba?; porque A-Tea le amaba mucho, y con el tormento de que le hizo víctima, probábalo mil veces.

El duque de Negra Sombra sonrió satisfecho; sentíase fuerte y estaba seguro de alcanzar completa victoria. ¿Por qué no se decidió antes á dar la batalla?

Flaquezas incomprensibles...

La voz de A-Tea vino á interrumpir sus meditaciones, diciéndole:

– Tu *bebé* se aburre porque no está contigo.

Y riendo plácidamente se besaron.

Una hora después la berlina de los duques de Negra Sombra rodaba por el paseo de la Castellana, confundida entre la multitud variadísima de coches que se reunen allí todas las tardes.

A-Tea y Enrique no hablaban abstraídos, en amorosa contemplación... Pero muy cerca oyóse una voz dulcísima, vibrante, y A-Tea, revolviéndose como un tigre para mirar á través del cristal y con los ojos encandilados y la boca temblorosa, murmuró:

– ¡Marta! ¡En este instante yo era feliz! ¡Siempre una sombra!

El duque, sin pronunciar una sola palabra, tiró tres veces del cordón que le sirve de aviso al cochero, el cual, sin perder su estirada postura, puso en juego las riendas para tomar, ya de regreso, el camino del ducal palacio.

Después que hubo parado la berlina, Enrique levantóse con calma, puso en el estribo el pie izquierdo y el derecho en el primer escalón, corrió luego el izquierdo hacia la izquierda y tendió el brazo derecho inclinándose hacia la berlina. En esta posición, A-Tea pudo apoyarse bien en su mano; pero no arrojarse, como siempre hacía, en sus brazos.

– Apéate, Agustina, dijo el duque impasible.

– No, yo no bajo, respondió ella secamente.

– Apéate, Agustina.

– He dicho que no.

– Mira que yo no puedo estar así mucho rato.

– Vete si te molesta.

Mientras el duque subía pausadamente al piso principal, A-Tea se reclinaba impasible sobre los almohadones del coche.

Al cabo de diez minutos un lacayo entregó á la señora una carta donde se leía lo siguiente:

«Sube y no hagas tonterías. Ignoras el resultado que pueden tener tus inverosímiles celos. Estoy resuelto á todo; á todo, menos á consentir caprichos humillantes de quien tanto adoro y tan despiadadamente me trata... Comienza hoy á ser justa y prudente.»

A-Tea cortó la hoja en blanco, y después de trazar en ella con un lapicerillo estas palabras: «No salgo de la berlina,» la dejó en el azafate, ordenando que se la llevaran al duque.

A las ocho acercóse al coche una doncella y dijo:

– La señora está servida.

Y A-Tea contestó:

– Que coma el señor duque; yo no salgo de aquí.

A las nueve bajó un criado y dijo al cochero, que permanecía inmóvil con las riendas en la mano:

– El señor duque manda que desenganchen.

Los mozos desengancharon, pero el cochero siguió imperturbable y más tieso que un huso sin atreverse á bajar mientras la señora no se apeara.

Eran las diez en punto cuando apareció el mayordomo, pronunciando con tembloroso acento estas palabras:

– El señor duque manda que la berlina entre ahora mismo en la cochera y que yo le suba la llave.

Sólo con una orden como esta el cochero atrevióse á moverse del pescante. Bajó y empuñó la gruesa lanza, mientras el mayordomo hacía rodar con toda su fuerza y peso de su cuerpo la berlina empujándola. Al dejarla en su sitio cumplieron la orden rigurosa, cerrando con llave la puerta cochera.

Cuando el duque vió aparecer al mayordomo, el corazón se le hizo pedazos, palpitando con violencia.

– ¿Y la señora?, preguntó sin poder contenerse.

– La señora duquesa en la berlina, respondió el mayordomo asustado, como si hubiese cometido un crimen.

– ¿No dormía?

– No, señor duque; nos miraba inmóvil, pero con los ojos bien abiertos.

– ¿Qué os ha dicho?

– Nada, señor duque.

– Vete.

Y el mayordomo se fué.

– ¡Necio de mí!, reflexionaba luego el duque, oprimiendo la llave con sus dedos retorcidos. ¡Necio de mí! ¡Qué preguntas hago y qué cosas pienso! Ella... Estará muy tranquila... ó muy desesperada... Tendrá miedo acaso... Debo tranquilizarme, imponerme, recobrar mi tesón...

Dando vueltas por la casa, oyó al fin dar las doce de la noche.

Ya le fué imposible contenerse. Bajó en cuatro saltos la escalera, atravesó el patio en dos zancadas, abrió la cochera dando un portazo y se acercó á la berlina.

– ¡Tengo frío!, dijo A-Tea, estremeciéndose y volviendo á quedarse acurrucada entre los almohadones de blanco raso.

– ¡Pobre *bebé!* ¡Si estás yerta!, gritó Enrique oprimiendo á su mujer entre sus brazos.

Allí mismo la cubrió de besos, y ella reía, reía sin parar.

– ¡Estás helada! ¡Perdóname, amor mío! Estás helada; sufres...

– No, no sufro... Me siento bien... Así tus besos me parecen más ardientes.

Y el *feroz* duque de Negra Sombra subió una vez más la escalera de su casa llevando en brazos á su *bebé de lujo*.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En las últimas excavaciones de Pompeya se ha descubierto una casa interesantísima desde el punto de vista arquitectónico: las columnas del peristilo son redondas en su mitad inferior y octagonales en la superior; las del atrio, en número de cuatro, son en parte redondas y en parte estriadas; el suelo es de hermoso mosaico y las paredes están cubiertas de frescos muy deteriorados, exceptuando uno que representa á Hércules conduciendo vivo el jabalí de Erimantho á Eurystheo.

– El difunto rey Carlos de Wurtemberg ha legado en testamento á la Galería de Bellas Artes de Stuttgart cinco magníficos cuadros al óleo, que son: *Muchachas italianas*, de Guffens; *Cabeza de estudio*, de Landelle; *Interior*, de van Howe, y *Campiña*, de Burkel, y además un cuadro de arquitectura árabe española de Bossuet.

Teatros. – En el teatro de la Exposición internacional de Teatros y Música de Viena se ha puesto en escena con gran éxito un baile del barón Otón Bouryoing, titulado *La ondina del Danubio*.

– El conocido explorador africano Teodoro Westmark se encuentra actualmente en Viena dando la última mano á una obra dramática que se representará el próximo invierno en aquella ciudad. Se titula *Entre los caníbales;* la escena pasa en el Congo y sus cuadros son: salida de los exploradores de Bruselas, en el Ecuador, una víctima de los hombres, á bordo del *Avant*, la estación de Leopoldsville, Tara-Tara, en la residencia del rey Pohutabat, entre los caníbales. Entre los personajes figuran Stanley, Brazza y otros célebres exploradores.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Armand Gouzien, comisario del gobierno francés en los teatros subvencionados, cronista teatral de *Le Rappel* y autor de la música de una porción de canciones muy populares en Francia.

Amadeo de Bast, decano de la Sociedad de escritores de París, novelista que en sus buenos tiempos publicó cerca de 300 volúmenes.

Federico Bindseil, notable filólogo clásico alemán, muy conocido por su importante obra *Los antiguos sepulcros de Italia*.

Roberto Glassby, escultor inglés, ayudante que fué durante mucho tiempo del escultor sir Edgardo Bohm.

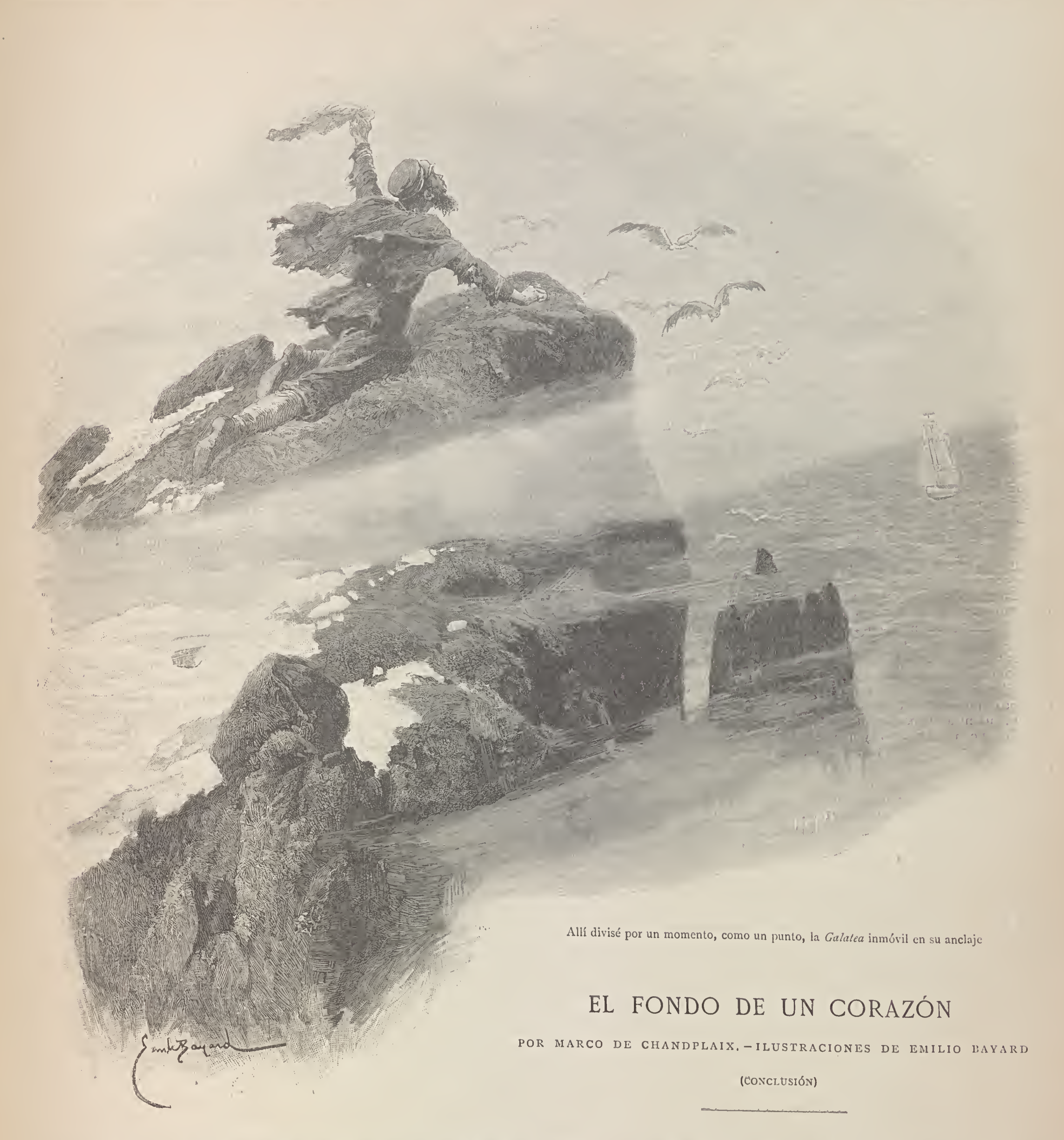
Federico J. Teodoro Kleinmichel, artista alemán, conocido como pintor de delicadas escenas de familia é infantiles, colaborador de la notabilísima publicación alemana *Fliegende Blatter* y autor de hermosas ilustraciones para libros de niños.

Miguel Kopatsch, pintor de historia húngaro.

Jacobo Emilio Schindler, celebrado paisajista austriaco, que el año pasado ganó el gran premio del Estado en la Exposición de Bellas Artes de Viena y en la última de Munich una medalla de primera clase.

NUESTROS GRABADOS

En las máscaras, cuadro de D. Román Ribera. – No hemos de esforzarnos en ponderar una vez más las bellezas de las obras que tan ilustre compatriota nuestro produce: ocasiones de sobra han tenido nuestros lectores para admirarlas, y bastante universal es la fama de que goza para que no sea necesario insistir en hablar de aquéllas ni en señalar la justicia con que ésta le ha sido otorgada. El Sr. Ribera es el pintor elegante, distinguido por excelencia; todo cuanto concibe lleva el sello de finura que revela su gusto exquisito, y al desarrollar en el lienzo lo que en su imaginación se traza no perdona detalle alguno que pueda contribuir al buen efecto de su composición; es natural sin caer nunca en lo vulgar; la espontaneidad de su pincelada jamás se convierte en descuido; la gracia de sus figuras tiene un aire aristocrático que realza sus encantos; es minucioso sin exceso y los colores que en su paleta combina son hermosos, brillantes, justos, nunca chillones, inarmónicos ni exagerados. En fin, es el Sr. Ribera una verdadera gloria de nuestra patria, y hoy, al publicar su bellísimo cuadro *En las máscaras*, nos complacemos en reiterarle nuestra admiración y nuestro aplauso.



Allí divisé por un momento, como un punto, la *Galatea* inmóvil en su anclaje

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

»Entonces fué cuando germinó en la mente de mis compañeros la idea de abandonar la isla cuando amaneciese un buen día, para ver si se podría llegar á la de la Posesión, donde esperaban encontrar víveres. Cierto es que allí debía haberlos, y que los ingleses no se habrían limitado á depositarlos en la isla Hog; pero yo hice presente á mis compañeros hasta qué punto era peligrosa semejante travesía con nuestras ligeras embarcaciones, muy deterioradas por los efectos de la tromba y por desgracia no destruídas del todo. Llegada la noche todos estábamos más tranquilos y repetí mis palabras de consuelo; dije que el verano se acercaba, que nuestros padecimientos tocaban á su fin, que las heladas nos habían impedido hasta entonces explorar la isla, pero que seguramente encontraríamos recursos naturales; que los elefantes y lobos marinos, así como las aves, no tardarían en presentarse en gran número, y sobre todo, que tendríamos huevos en abundancia hasta el mes de febrero. Podía darse por seguro que en todo este tiempo llegaría algún buque; de todos modos, en previsión de que hubiéramos de pasar otro invierno en aquellas rocas, nos abasteceríamos de considerables cantidades de grasa para calentarnos. También se procuraría domesticar á los pingüinos reales y á los pichones, que se familiarizan pronto, y que sin duda se refugiarían durante el invierno en el centro de la isla, en los valles que descubriríamos. ¡En fin, de una manera ó de otra se saldría del paso, y hallaríamos medio de no morirnos de hambre! Eramos trece, representábamos una fuerza y podíamos hacer mucho. Nuestros mayores enemigos eran el frío y las olas: el primero acabaría pronto y de las segundas habíamos escapado. Era preciso mantenerse fuera de sus ataques, y no intentar una lucha en la que estábamos seguros de sucumbir.

»Hablé largo tiempo en este sentido; pero se me escuchó como se escuchan los cumplidos de pésame, y comprendí que mis compañeros difícilmente renunciarían á sus funestos planes.

»Ante todo era preciso salir del mísero estado á que nos veíamos reducidos: arreglar la «Casa de los víveres» de modo que pudiera servirnos de refugio en adelante; y obtener á toda costa el combustible ordinario, porque casi toda nuestra provisión había sido arrastrada por las aguas y la que guardábamos en las grutas se había consumido por completo.

»Por diversas razones habíamos preferido alojarnos en esas grutas después de transportar lo que encerraban, bien poca cosa por cierto, á la «Casa de los víveres.» Rajou y seis hombres se acomodaron en una de ellas y la otra fué para mí con los demás tripulantes.

»Esta vez se resolvió terminantemente no hacer uso de nuestra única caja de conservas sino en los casos extremos, cuando alguno de nuestros compañeros enfermara ó en los días de carencia absoluta de otros víveres.

»Por desgracia, el mes de agosto fué terrible y hubo que apelar con frecuencia á este último recurso. Por otra parte, el dolor, la desesperación y las privaciones agriaron nuestro carácter de día en día.

»El 2 de agosto, el tiempo mejoró por fin, y nos apresuramos á salir para buscar elefantes marinos; la víspera había sido indispensable, por carecer de

grasa, quemar algunas cajas de madera, las cuales se consumieron muy pronto, y de consiguiente la noche se terminó sin fuego.

»Con inquietud veíamos acercarse otra sin haber encontrado nada, cuando cuatro de los nuestros, que habían ido á explorar una bahía inmediata, volvieron para anunciarnos que habían matado cinco elefantes, pero que necesitaban nuestro auxilio para arrastrar aquellos gigantescos anfibios hasta nuestra vivienda. Semejante trabajo era superior á nuestras fuerzas y debimos contentarnos con desollarlos donde estaban y transportar á las grutas las partes más útiles.

»En la mañana del 3, el carpintero Bertín, cinco marineros y yo emprendimos una excursión, hacía largo tiempo proyectada: de colina en colina, en medio de las nieves y de los hielos, conseguimos alcanzar una elevada montaña, y llegados á su cumbre, después de vencer mil dificultades, vimos que conducía por la otra vertiente al fondo de un largo valle, que terminaba á lo lejos en una playa. En esta última, algunos elefantes marinos, cuyo obscuro lomo sobresalía de la nieve, parecían desafiar las tempestades y los hielos con su inmovilidad. En el valle, lejos del mar, casi á nuestros pies, vimos un campo negruzco que parecía moverse: hubiérasele tomado por un hormiguero inmenso.

»Como se acercase la noche é importara encontrar un refugio antes de que cerrase del todo, nos dejamos resbalar por la pendiente helada de la montaña, sirviéndonos de nuestros bastones para guiarnos; mas á poco descendíamos con una rapidez tan vertiginosa, que fué forzoso soltar aquéllos y ponernos boca abajo para agarrarnos á las menores asperezas y disminuir así la espantosa celeridad con que caíamos. De repente la montaña se hundió en sentido vertical y fuimos lanzados desde bastante altura sobre un montón de nieve, por fortuna bastante blanda. Todos recibimos contusiones, pero sin ninguna herida grave, y nuestra temeridad quedó bien recompensada. El rumor que percibíamos arriba era producido por los pingüinos reales que incubaban sus huevos. Tal vez había allí un millón de estas aves entre machos y hembras en una especie de campamento formado con simetría. A bastonazos dispersamos algunas y recogimos una buena cosecha de sus huevos, más grandes que los de gallina y cuya yema tiene un color rojo brillante. Bien ó mal, pero más mal que bien, como ya comprenderás, pasamos la noche en una gruta, muy satisfechos de haber encontrado el punto de reunión de aquellas aves.

»Hasta el 5 de agosto no nos fué posible, avanzando en medio de la nieve que nos cegaba, por caminos imposibles, con los pies y las manos ensangrentados, el cuerpo transido de frío y llevando nuestra frágil carga de huevos de pingüino, reunirnos en la otra orilla con nuestros camaradas que ya comenzaban á estar inquietos.

»Grande fué su alborozo al vernos, pues temían que hubiéramos sucumbido en algún barranco; pero mayor fué aún su alegría cuando vieron los víveres que llevábamos. Aquella noche, nuestra comida, que se compuso de huevos fritos en grasa de elefante marino, nos pareció un verdadero banquete; pero esos huevos tenían el inconveniente de ser un purgante demasiado violento, aunque esto no fué perjudicial para nuestra salud, antes por el contrario, nuestro pequeño grumete, atacado de escorbuto, se restableció del todo y atribuyó á ese alimento su curación. Aquella noche Rajou me anunció que la víspera, durante nuestra ausencia, había descubierto en cierto sitio de la costa brava una tribu de albatros con sus hijuelos y que se le había ocurrido fijar en el cuello de varios unas chapas de metal blanco, en las cuales grabó con un cuchillo las palabras que ya conoces:

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet, 4 de agosto.»

»Rajou me dijo que los albatros jóvenes, al remontar el vuelo se dirigían siempre hacia el Norte y que era su costumbre seguir de cerca la estela de los buques, donde encontraban abundante alimento en los restos que los marineros arrojan al mar. Esperaba que aquellas aves, con su chapa en el cuello, llamarían la atención, y que algunos tripulantes, curiosos por saber qué significaba, se esforzarían para cogerlas con anzuelo ó matarlas á tiros. Tenía mucha esperanza en su idea, de la cual sólo yo debía beneficiarme y cuya eficacia únicamente yo puse en duda entonces. Sin embargo, me guardé muy bien de manifestárselo así, dándome por muy contento al ver que la esperanza renacía en todos los corazones y lisonjeándome de que se renunciaría á la idea de abandonar la isla Hog...

»Por desgracia, no fué así; y el carpintero Bertín, que era el autor de aquel proyecto, no descuidaba ninguna hora de buen tiempo para llevar á cabo las reparaciones que había resuelto hacer en los botes. Debo confesar que sus compañeros le secundaban, y en cuanto á Rajou, cada vez más seducido por aquellos planes, ayudábame muy débilmente á persuadirles á que se quedasen.

»Cierto día en que declaré formalmente que no les seguiría, Bertín comenzó á mofarse de mí con expresión insultante y murmuró por lo bajo: «¡Tiene miedo!»

»Hallé fuerza para dominarme, y con mucha calma repuse que la muerte no me infundía temor; pero que me consideraba como encargado de proteger las vidas de los demás. Bertín replicó que en la situación en que nos hallábamos cada cual era dueño de su persona y se arreglaría como le pareciese.

»Entonces volví á trazarles el cuadro tantas veces bosquejado de los peligros que iban á correr y de los recursos que muy pronto les ofrecería la isla Hog. Añadí que su temeridad no era más que ceguedad, y que para obligarles á quedarse no tenía otras armas que mis súplicas y mi actitud. Les había expuesto todos mis argumentos, todas mis esperanzas; en cuanto á mi conducta, sería siempre la misma, es decir, inflexible; y tal vez vacilarían en dejarme solo, pues les daba mi palabra de no marchar.

»Bertín repitió: «¡Tiene miedo!»

»No sé qué coraje se despertó entonces en mi corazón, pues me precipité sobre aquel hombre, derribéle en tierra y le hubiera dejado sin vida si no me lo hubiesen arrancado de las manos.

»¡Por qué no le maté! Los otros estarían sanos y salvos, porque él era quien los instigaba en su idea de marcharse.

»Sin embargo, hice mal en pegarle, porque mi brutalidad me enajenó algunas simpatías y varios de mis compañeros creyeron que yo, tan tranquilo de ordinario, me había enfurecido de aquel modo porque Bertín adivinaba lo que yo realmente sentía. Mi causa estaba perdida desde aquel momento.

»Durante algunos días no se habló de nada.

»Agosto fué espantoso: nieve, tempestades, lluvias y gran dificultad para alimentar nuestro fuego.

»En septiembre comenzaron á presentarse los elefantes en la playa; pero el 20 se agotaron los víveres del *Comus* y se decidió definitivamente la marcha. Bertín había conseguido poner puente á las embarcaciones con algunas ligeras tablas; en varios cajones, bien resguardados en la proa, se habían puesto los últimos pedazos de galleta y una reducida cantidad de agua; con pieles de foca reblandecidas se formaron velas; todo estaba preparado y solamente se esperaba un día bueno.

»La idea de abandonar aquella isla en que tanto habíamos sufrido, el atractivo de lo desconocido y la probabilidad de encontrar víveres llenaban de alegría el corazón de aquellos desgraciados, que no comprendían que iban á exponerse á una muerte segura, tan cierta, que á veces recordaba las palabras de Bertín y preguntábame si no era una cobardía abandonarlos así en el momento de peligro. Sin duda los hubiera seguido si no hubiese esperado hasta el último instante que renunciarían á su proyecto, del que yo procuraba siempre desviarlos.

»Septiembre fué tan malo como agosto; hasta el 29 no vimos el sol, que lució casi todo el día, y la nieve comenzó á derretirse en extensos espacios. El 30 Rajou escribió el billete que encontraste, y creía que al fin me decidiría á partir con ellos, mientras que yo esperaba á mi vez retenerle en la isla.

»El 1.° de octubre al rayar el alba, con un tiempo magnífico, mis compañeros me despertaron y dijéronme que el cielo estaba radiante y que era preciso hacerse al mar.

—»No, amigos míos, volví á decirles, os suplico que no os marchéis; esperad al menos hasta el 15 de diciembre; antes de esta fecha sería una locura, porque el tiempo no está nada seguro. Precisamente porque es bueno hace cuarenta y ocho horas no puede durar; es anormal; y si tuviéramos un barómetro, apostaría á que veríamos que la tempestad es inminente.

»Rajou vacilaba; las lágrimas acudían á sus ojos al pensar que iba á empeñarme en no seguirles y en quedarme solo; yo tampoco pude contener las mías y dí un largo abrazo al buen hombre.

»Pero Bertín y los otros, impacientes ya, aunque también conmovidos, se llevaron al capitán y embarcáronle casi á viva fuerza... Yo los seguí hasta la playa... Rajou, tan valeroso en el peligro, me dirigía miradas de consternación, incapaz de pronunciar una palabra...

»¿Qué debía hacer, á pesar de la palabra dada?

»Desgraciada ó afortunadamente, como quieras juzgarlo, Bertín, que se había quedado en la orilla con otro para poner á flote las embarcaciones, díjome con expresión irónica y colérica:

—»Vamos, ¿viene usted?

—»¡No!, repliqué.

—»¡Pues empuja!, exclamó, dirigiéndose á su compañero.

»Y después de impeler la embarcación, que contenía al capitán y cinco hombres, hizo resbalar rápidamente la segunda, en la cual se lanzó.

»La marejada era gruesa y fuerte, por lo que mis compañeros hubieron de pensar al punto en su seguridad y alejarse de la playa, donde hubieran sido destrozados. Después detuviéronse un instante mar adentro, á distancia que aún hubiera podido yo recorrer á nado; pero el viento, el mar y las corrientes, cogiéndoles de popa, los alejó con gran rapidez á pesar suyo, y entonces se decidieron á poner las velas...

»Al fin desaparecieron en la bruma...

»Cuando me vi solo, dejéme caer en tierra...

»Al poco tiempo, el frío y algunas ráfagas de aire me sacaron de mi entorpecimiento; púseme al punto en pie y dirigí una ansiosa mirada al mar: no había niebla, pero ya no vi á mis compañeros...

»Escalé los ribazos apresuradamente, y exploré el espacio; mi vista se fijó en dos puntos, dos velas grises, que las olas me ocultaban por momentos.

»Trepé más aún; pero la isla de la Posesión estaba velada y demasiado lejos; de modo que no sabría nunca si habían podido llegar á ella...

»Después observé que el mar subía por minutos; el frío comenzaba á ser más intenso; el viento que había soplado del Oeste hasta entonces, tenía tendencias á saltar al Sud... y el salto se efectuó bruscamente en una ráfaga furiosa, acompañada de nieve que cegaba...

»Permanecí en la montaña aterrado, sin sentir el frío, con el oído atento; parecíame, en mi imaginación febril, haber percibido gritos de terror, sollozos de angustia; y mi corazón latía con fuerza...

»Entonces abrí los ojos y traté de penetrar con mi vista en la inmensidad, donde las nubes se confundían con las olas; hubiera querido ver, ver... Decíame que yo debía estar cerca de ellos, que había sido un cobarde, que ellos eran los abandonados y no yo...

»El cielo se despejó, pero el viento seguía soplando con furia; el horizonte era visible á lo lejos, mas el mar estaba solitario: hasta los albatros habían vuelto á sus rocas...

»La brisa soplaba obstinadamente del Sud, y en esta dirección, si mis compañeros no estaban ya sumergidos, no podían arribar ahora á ninguna de las islas; su pérdida era segura...

»Vencido al fin por el sufrimiento, que me angustiaba, volví maquinalmente á mi gruta vacía, encendí un gran fuego y me eché á un lado, permaneciendo en el mismo sitio largo tiempo con los ojos abiertos, devorado por la fiebre, incapaz de fijarme en un pensamiento entre todos los que se cruzaban en mi cerebro que me quemaba.

»Después me aletargué.

»Al día siguiente, recobrada ya la razón, díjeme que no tenía nada de que acusarme; que muy por el contrario, había hecho cuanto estaba de mi parte para librar á mis amigos de la muerte; que mi tenacidad era la única arma de que podía disponer, y que yo también iba á sucumbir de una muerte más lenta y más espantosa que la suya...

»Entonces pensé en mi querida Juana, en mi madre, en todos vosotros; mis alegrías pasadas se me representaron una tras otra, como para hacerme sentir más cruelmente mi desesperada situación, y pareciéronme falsas las esperanzas que había tratado de infundir á mis pobres compañeros perdidos... Ellos no sufrían ya... ¿Para qué luchar? ¿No sería mejor abrir un hoyo bajo la nieve y sepultarme con mis propias manos?

»Ese librito, regalo de Juana, que has encontrado aquí, reanimó mis abatidas fuerzas. La religión es el consuelo de los padecimientos supremos... Abreviaré, amigo mío. Mi pensamiento concentrado se purificó, y amé la vida por la fe, por lo mismo que sufría, por un rayo de esperanza, por ese instinto que nos sostiene hasta en nuestro último aliento...

»Viví como hubieran podido vivir mis compañeros, alimentándome de la

carne de los albatros, de las focas y de los elefantes marinos, que me parecía buena no teniendo ya galleta, y de los innumerables huevos que cubrían todas las rocas, producto de una gran variedad de aves, entre las que sabía distinguir las mejores.

»Hice excursiones, y volví varias veces al valle descubierto por Bertín, lugar predilecto de una especie de pingüinos que ponen casi todo el año, por lo cual estaba seguro de encontrarlos durante los meses más rigurosos del invierno. Después resolví ensanchar la gruta donde había pasado con mis compañeros la noche del 3 de agosto, poner pavimento y prepararla para habitar en ella en caso de necesidad.

»En estos trabajos me ocupaba el 1.° de diciembre cuando, según me has dicho, tú anclabas al otro lado de la isla, único punto en que un buque puede hacerlo. Yo no te había visto pasar al anochecer, y hasta el día siguiente no percibí el estampido del cañón, cuando ya no podías verme.

»Apenas oí aquel cañonazo, que me indicaba la presencia de un buque de guerra, no puedo expresarte qué emoción me sobrecogió. Temí engañarme;... pero no, las detonaciones se repetían á intervalos regulares; no había duda, era un buque que hacía señales...

»Entonces, loco de alegría, sin reflexionar, sin proveerme más que de algunas lenguas de elefante, eché á correr por la llanura, llegué á la montaña central, y jadeante, comencé á escalarla, resbalando en medio de las nieves derretidas, queriendo apresurarme y tomando el camino más largo...

»Muy pronto me vi obligado á reposar; y al mismo tiempo que recobraba la sangre fría, acosábanme grandes terrores: se necesitaban veinticuatro horas para llegar al depósito del *Comus*... ¡Si el buque estuviera á punto de marchar!

»¡Ah! ¡Cómo lamenté mi falta de previsión! ¿Por qué en el billete que Rajou había dejado no escribí yo, como tuve intención de hacerlo varias veces, algunas líneas que indicaran mi presencia? ¿Por qué me había alejado un solo día?

»Llegó la noche, rápida y lóbrega, con un cielo cargado de nubarrones. Era una locura pensar en ponerme en camino en medio de semejante obscuridad, y sin embargo, así lo intenté; me extravié, y hube de buscar á tientas una gruta, rocas ó un refugio cualquiera, donde esperé que amaneciese sin poder dormir. Al día siguiente, quebrantado y rendido, continué mi marcha al despuntar la aurora. Serían las siete de la mañana, según creo, cuando llegué á la cima de la montaña... Allí divisé por un momento, como un punto, la *Galatea* inmóvil en su anclaje... Mis piernas flaquearon á pesar mío, y con lágrimas en los ojos dí gracias á Dios... La bruma que sobrevino formando una especie de corona alrededor de los picos, me impidió muy pronto poder distinguir nada, pero ya estaba tranquilo.

»Puesto que no han aprovechado las primeras claridades del día para partir, pensé yo, es señal de que no han encontrado aún la carta de Rajou, sin duda porque el tiempo era demasiado malo ayer para intentar un desembarque. No marcharán hasta la tarde, ya de noche, á fin de llegar mañana á primera hora á la isla de la Posesión.

»Por otra parte, no tenía que hacer más que bajar, y bastábanme dos horas para llegar á la playa; dentro de una, apenas hubiera alcanzado las colinas que flanquean el fondo de la bahía, ya estaría salvado, puesto que podían verme desde el buque. Esta última hora me pareció demasiado larga aún; resolví abreviarla; y temerariamente, sin reflexión, me dejé resbalar por un declive, como lo había hecho varias veces. Pero muy pronto observé que el hielo, duro aún en la cima, disminuía de espesor rápidamente y que se habían abierto grietas. Quise cogerme á los guijarros, mas éstos se desprendían, rodando conmigo; hice nuevos esfuerzos; pero al fin, comprendiendo que la lucha era inútil porque mi vigor se paralizaba por la fatiga y las emociones, me dejé caer y fuí precipitado al fondo de un barranco sobre la nieve, donde permanecí algunos minutos aturdido...

»Al volver de mi desmayo experimenté un dolor general en todo el cuerpo, particularmente en el pie izquierdo, y observé que tenía el rostro inundado de sangre. Sin hacer aprecio de estas sensaciones, cuya gravedad no reconocía aún, dirigí una mirada á mi alrededor y vi con alegría que me hallaba en una depresión del terreno, detrás de las colinas de la playa y muy cerca de ellas. Cuando hubiese franqueado una de éstas podría ser visto, es decir, estaría salvado.

»Quise levantarme, y á duras penas lo conseguí; pero cuando traté de andar, me fué imposible, porque tenía el pie dislocado... ¡Miseria de nuestro cuerpo!... ¡Grano de arena que me hacía fracasar cuando tan cerca estaba del término deseado!... ¡Qué grito de desesperación proferí entonces; qué blasfemia pronunciaron mis labios ante aquella naturaleza impasible, indiferente, que se encarnizaba contra mí!

»Sin duda habrás tenido alguno de esos malos sueños en que creemos vernos amenazados de un peligro terrible, como una conflagración ó el desprendimiento de una montaña, peligro del que sólo nos libraríamos por la fuga y del que no podemos huir porque estamos clavados en el suelo. Esto nos martiriza, mas al fin se despierta, respiramos con desahogo y nos reímos de aquel terror imaginario. Para mí, la pesadilla era real y verdadera...

»Por un brusco esfuerzo, que me arrancó otro grito, retorcí el pie, tratando de poner el hueso en su lugar, mientras que la sangre y el sudor corrían por mi cara... Después apoyado en rodillas y manos, extenuado, jadeante y arrastrándome, franqueé aquella colina, aquel nuevo calvario...

»Y cuando estuve en la cima, divisé á lo lejos el buque huyendo á velas desplegadas...»

Al decir esto, Luis se interrumpió como si le oprimiese la garganta el recuerdo de sus pasadas angustias, mientras que yo me estremecía al pensar que podía haber dejado á mi querido Luis en aquella tumba...

Estrechando sus manos entre las mías, y para distraer sus pensamientos, seguro de que haría renacer la alegría en su corazón, le he hablado de su esposa, de su hijo, y de todos esos seres queridos á quienes tanto amo yo también.



En el mar, 21 de diciembre de 1882

Hay grandes alegrías, así como grandes dolores; pero en el primer momento nos dejan casi insensibles, y no las sentimos vivamente hasta más tarde. De tal modo penetran en nosotros que apenas se manifiesta su reflejo en nuestra fisonomía; diríase que necesitan tiempo para remontar á la superficie, hacerse visibles, y después... ¡ay!... desaparecer á menudo, sobre todo las alegrías.

Las nuestras duraron largo tiempo, como todo lo que cuesta muy caro. Luis se acordará siempre de los infelices compañeros que desaparecieron para siempre; pero ha olvidado sus propios padecimientos, disfrutando de antemano de las inefables alegrías que su inesperada vuelta ha producido. Ya experimenta goces que nosotros no apreciamos apenas: el mar azul que hemos vuelto á ver, el cielo de los alisios, el calor del trópico... todo le encanta. Solamente queda una nube en su horizonte: quisiera que yo amara á Magdalena y que ella me correspondiese.

Desde que ha leído la carta de su padre no deja de interrogarme sobre este asunto; comprende que yo oculto alguna cosa, y su amistad se inquieta por ello. Ayer me dijo alegremente:



¡Vamos!, díjole alegremente, abraza también á tu esposo que harto te ha merecido

– Escucha: no has querido confesarme jamás francamente si amabas á Magdalena; mas ya nos acercamos á Borbón, y es necesario que yo lo sepa. Ante tus contestaciones evasivas, por delicadeza y también por cierta cortedad, bien puedo decirlo, no he osado insistir; pero ahora es preciso. Quiero que seas feliz, ¿me entiendes?; y lo quiero tanto más, cuanto que yo soy la causa inconsciente de tus sufrimientos. No me atrevo á juzgar á mi padre: su excusa es que no creía en la intensidad de vuestro amor; pero si amas aún á Magdalena, la cuestión se simplifica mucho; bastará decirle la verdad para que ella te devuelva el afecto que no has dejado de merecer. ¡Oh! ¡Cuánto mayor fuera la felicidad de Juana y la mía al ver la vuestra, y cómo deberíamos quererte más que nunca para hacerte olvidar los malos días pasados! Para que acabaran mis remordimientos sería preciso que no amases ya á Magdalena, ó que, si la amas todavía, te cases con ella, y ya comprenderás que esto último es lo que yo preferiría. Contéstame francamente, ¿la amas?

– ¡Pues bien, sí, la amo!, repuse. Inútil fué que yo tratase de olvidarla y que algunas veces me hiciera la ilusión de haberlo conseguido; me tiene cogido por todas las fibras del corazón, y jamás podré amar á otra mujer tanto como á ella. Ya sabes que hay recuerdos de la niñez, reminiscencias que no se pierden nunca. Se puede dejar de ser creyente, de practicar los preceptos del culto, pero hay momentos en que una oración aprendida en la infancia vuelve á los labios. Pues bien: Magdalena es mi oración y también mi religión toda.

– ¡Oh, pobre y querido amigo, cómo reniego de mí y qué dichoso soy á la vez!...

– Pero tú no lo sabes todo, añadí, y es preciso que conozcas la verdad entera. Ni aun inconscientemente eres tan culpable como crees. Escucha...

Entonces, en un momento de expansión, á la sombra de la toldilla, se lo referí todo: mis vacilaciones, los consejos de mi familia, mi cobardía en tomar un partido, mis culpables pensamientos en la última entrevista con Magdalena en Versailles, su juramento y el temor de haber matado para siempre con mis propias manos el amor que tan largo tiempo me conservó.

Apenas terminé, muy sorprendido de haber descubierto así todos mis secretos, quedé como avergonzado de mi confesión, pero al mismo tiempo sentí un verdadero alivio, como si hubiera descargado mi conciencia de un gran peso.

– Acabas de revelarme muchas cosas, repuso Luis después de reflexionar un momento, que hubiera preferido ignorar; mas no puedo censurarte por tu sinceridad, porque es propia de un corazón leal y escrupuloso; pero trataré de ol-

vidar un momento que soy hermano de Magdalena para contestarte con la misma franqueza. Por lo pronto permíteme decirte que tus padres han obrado muy bien al indicarte peligros muy verdaderos, que después desaparecieron, cosa que ellos no podían prever. Sus consejos eran prudentes, y tú debiste haberlos seguido desde un principio, y tanto tú como Magdalena habéis sido culpables ocultando vuestro amor.

– Eres severo, amigo mío, y no tienes en cuenta todas las dificultades con que tropezábamos y que nuestra imaginación aumentaba más aún...

– Déjame continuar... De todos modos, tú debiste adoptar una línea de conducta y no desviarte de ella... Sí, ya sé que mi padre fué á verte en el momento en que estabas más perplejo, y que su deseo fué el peso definitivo que hizo inclinar la balanza en el sentido en que tal vez se hubiera inclinado sin él.

– Es verdad: seguramente yo no habría osado resistir á mis padres...

– No es mi ánimo disminuir el valor de tu sacrificio: sólo quería decirte que, puesto que todo te conducía á romper, una vez adoptado tu partido, ya no debías vacilar en nada... Al ir á darte su adiós, Magdalena obedecía á un amor demasiado puro y elevado, que tú no has comprendido... Tú vacilaste otra vez en aquel momento; estuviste á punto de olvidar todas tus promesas, y no dudes que esto fué principalmente lo que la ofendió... No insisto en las suposiciones que hiciste al verla entrar, en la revelación que tu fisonomía, tus palabras y tus asombros hicieron de pronto en su ánimo ni en el pensamiento culpable que pudo germinar un solo instante en tu cerebro...

– Estaba loco, amigo mío, verdaderamente loco...

– ¡Ah! Ya lo ves: por más que haga, el hermano de Magdalena, más bien que el tuyo, es quien te habla en este momento, y permíteme decirte que te has faltado á ti propio en tu dignidad. ¡Magdalena, mi pequeña Magdalena! Sí, estoy resentido. Considero á Magdalena moralmente deshonrada; es preciso que te cases con ella; y conociéndola mejor que tú, temo que ese recuerdo sea un eterno obstáculo para la realización de tus deseos y de los míos...

Luis, interrumpiéndose de pronto, comenzó á pasear de un lado á otro de la toldilla, sin que yo me atreviese á contestarle, pero dando por perdida dolorosamente mi última esperanza.

Un momento después dirigióse hacia mí con los ojos risueños, aunque grave la expresión del rostro, y alargóme su mano, que yo estreché afectuosamente.

– Dispénsame, me dijo; soy un exagerado. Vemos á cada persona según nuestra manera de amarla, y observo que estoy en mal lugar para hablar de Magdalena... Recuerda el cariño que profesas á tu hermana: para nosotros los hombres, la hermana es un ser especial; es la castidad, la pureza, y no una mujer; respecto de ella no podemos fijar el pensamiento en ciertas ideas, y si algún incidente á ello nos obliga, experimentamos enojo y tristeza... Si has cometido una falta, la has expiado cruelmente, reparándola también por una fidelidad en el recuerdo que no es nada común... No cabe duda de que el amor es comunicativo; Magdalena te ama de seguro todavía; tal vez su corazón esté adormecido, pero se despertará cuando sepa la verdad... Resta el juramento que hizo, más bien por un impulso de orgullo que sinceramente... Si hubiera seguido siendo pobre, indudablemente lo habría guardado, después de verse desdeñada por falta de dote. Si hubiese llegado á ser rica, tú hubieras hecho callar tu corazón, absteniéndote de hacerme ninguna confidencia. A Dios gracias, no hay dificultad por esta parte, porque no es rica ni pobre, y más bien esto último que lo otro... En cuanto á su juramento, no habrá sacerdote inteligente que no la releve de él, y la misma Magdalena se considerará libre ante su conciencia por el hecho milagroso que muy pronto nos reunirá. Mi padre quiere que sea tu abogado; puedes confiar en mí: este casamiento es necesario.

A medida que Luis hablaba, dilatábase mi corazón, oprimido antes; entreveía que llegaba fatalmente al término después de tan larga espera.

Me parece que Luis tiene razón al decir que este casamiento debe realizarse; es necesario para apaciguar las quejas que aún me dirigen mi madre y el señor de Nessey, Juana y Luis y por las que me doy á mí mismo, y es, sobre todo, indispensable para mi felicidad... Nada me separa ya de la que amo... con tal que aún quede en el fondo de su corazón una chispa de nuestra juventud: el orgullo no resiste al amor.

He manifestado á Luis cuánta era mi alegría; mas quiero que la felicidad á que aspiro sea por entero mi obra; que nadie, aun la persona más amada, intervenga en ella, y le he rogado que no revele nada á Magdalena antes de haberle yo autorizado. Deseo ser yo mismo mi abogado.

Mañana estaremos en Borbón. ¡Qué larga me parecerá esta última noche!

***

Rada de San Dionisio, 27 *de diciembre de* 1882

Los pueblos felices no tienen historia; la mía está á punto de terminarse.

Desde hace dos días estamos en Borbón... Renuncio á analizar mis sentimientos en medio de las alegrías que me rodean.

La entrevista de mi hermana y de Luis, que hubiera arrancado lágrimas á los corazones más escépticos, tuvo lugar á bordo de la *Galatea*, este navío que no abandonaré nunca sin dolor después de haber estado en él tanto tiempo.

Antes de que ancláramos, una pequeña barca cruzaba en el sitio hacia donde nos dirigíamos... Juana, de pie en ella, divisó á su esposo de repente en la toldilla;... abriendo los brazos, profirió un grito y dejóse caer sobre las rodillas de Magdalena... La subieron al puente del buque, desvanecida aún; mas el primer beso de Luis la reanimó... Mis oficiales Rigault, Kervella y toda la tripulación lloraban y reían...

Magdalena fué la primera que habló para preguntarme: «¿Y los otros?»

Agradecí este pensamiento é incliné la cabeza, murmurando como un vencido: «¡Ay de mí, los otros han desaparecido para siempre en el mar!»

Magdalena se estremeció y Juana abrazaba á su esposo más apasionadamente.

Sé de antemano que con frecuencia pensaré en los otros; el recuerdo de aquellas rocas lúgubres, el martirio de nuestros pobres hermanos de armas, nuestras celosas y desgraciadas pesquisas; todo esto volverá muy á menudo á mi memoria; pero el amor es un sentimiento tan poderoso, que se antepone á todos los demás. Después de lamentar la muerte de los náufragos, hemos hablado de nosotros, siempre de nosotros; y sin cuidarnos de los marinos que nos rodeaban estábamos allí en el puente del buque, sin que ninguno se atreviera á moverse, temiendo que el menor paso fuese el preludio de una nueva separación, y sin que nos cansásemos de mirarnos, de estrecharnos la mano y abrazarnos.

Sin embargo, daban las seis y mi criado se adelantó diciendo:

– ¡El comandante está servido!

¡Es verdad, la comida; ninguno de nosotros pensaba en ella!

– ¿Coméis aquí?, dije.

– ¡Vaya una pregunta!, contestó Juana risueña.

– ¿Se oponen acaso los reglamentos?, preguntó Magdalena con tono alegre.

Le contesté con una sonrisa, y ofreciéndole el brazo dejé pasar delante á Juana y á Luis. Después volví al puente á fin de dar algunas órdenes y enviar á tierra un oficial para informar al gobernador del resultado de nuestra misión.

Al entrar en la cámara, mis hermanas y Luis, que hablaban con viveza, se callaron de repente, como si mi presencia les estorbase, y hasta me pareció que Magdalena ocultaba algo en el bolsillo...

Nos sentamos á la mesa, pero no hicimos mucho aprecio de la comida, aunque como día de Navidad el cocinero se había valido de todos los recursos de su arte culinario para utilizar los escasos recursos que nos quedaban. Un plato monumental, preparado trabajosamente y sobrepuesto de un albatros de azúcar, apenas llamó nuestra atención. Mis hermanas no se cansaban de hacernos repetir el relato de nuestro viaje; las lágrimas brotaban de sus ojos sonrientes y corrían por sus mejillas; mas ¡eran tan dulces, y Luis sabía enjugarlas tan bien!.. Solamente yo estaba triste por no poder exhalar toda la ternura de mi corazón.

De repente al servirse los postres, después de brindar por nuestras familias, y á pesar de su promesa, Luis, que no había dejado de observarnos á Magdalena y á mí, cogió de la mano á su hermana y empujóla en mis brazos.

– ¡Vamos!, díjole alegremente, abraza también á tu esposo, que harto te ha merecido. Besaste á tu salvador cuando eras pequeña; besa ahora al mío.

Esperaba tan poco estas palabras, que permanecí mudo, como si me acabaran de notificar una terrible desgracia, y solamente tuve fuerza para estrechar en mis brazos á Magdalena, cuya linda cabeza se apoyaba en mi hombro. Después sus labios rozaron mis mejillas, y dos lágrimas me humedecieron el bigote.

– ¡Ah, traidor!, dije á Luis. Y en voz baja á Magdalena: «¡Cuánto te amo, adorada mía! ¡Siempre, siempre te he amado!»

Magdalena me contestó triunfalmente, enseñándome la carta de su padre, que Luis la entregó y que ella había ocultado.

– Ya lo sé, me dijo, y esta vez lo creo más que allí... en Versailles... Ahora estoy segura de tu amor.

– ¿Y tu juramento?, preguntó Luis maliciosamente.

– ¿Qué juramento?, dijo Juana.

– Ha jurado no casarse jamás con Pedro.

– Pues yo, repuso Juana, tengo hecha otra promesa: ir á Roma en peregrinación. Así seremos cuatro los que nos arrodillaremos á los pies de Su Santidad.

– Iremos á Roma, repuso Magdalena, mirándome, si mi esposo lo quiere así; pero hace mucho tiempo que confesé mis faltas y que estoy relevada de un juramento que dictó el orgullo, no el corazón. Fingí no rechazar á Branges, para dejar á Pedro toda su libertad; pero nunca me hubiera casado con mi primo ni con otro... No podía pertenecer más que á Pedro... ó á Dios...

***

Rada de San Dionisio (isla de la Reunión), 31 *de diciembre de* 1882

Ayer han marchado en el vapor... Dentro de dos meses iré á reunirme con ellos en Francia. Magdalena y yo hemos tenido largas conversaciones, tan dulces, tan tiernas, que temería borrar sus ligeros colores si tratara de trasladarlas á este papel. Me detengo, pues; nada tengo ya que descifrar en mí, ni tampoco en mi corazón...

En Túnez rasgué mi diario de los veinticinco años; lo mismo hice con otros apenas comenzados. Hoy termino éste, no sin emoción, porque me distrajo



y consoló, siendo testigo de mi felicidad. Le cierro, pero le guardo; Magdalena y yo leeremos sus páginas, y nos demostrará que aún hay milagros y que los habrá siempre: la perseverancia y el amor los producen.

Traducido por E. L. Verneuil

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

NOTAS SOBRE LA REFORMA ORTOGRÁFICA por *Carlos Cabezón*. – Los escritores de la América latina, de algún tiempo á esta parte, consagran gran atención á la ortografía castellana: no hace mucho dimos en esta sección cuenta de un libro del Sr. Jimeno Ajius sobre reforma de nuestra ortografía y ahora se ha publicado en elegante folleto el discurso que sobre este tema leyó D. Carlos Cabezón en el Ateneo de Valparaíso. Es un trabajo interesante que demuestra los sólidos conocimientos filológicos de su autor. El libro ha sido publicado en Santiago de Chile (Imprenta de Barcelona) y se vende al precio de cinco centavos.

* * *

LA DÉBACLE (EL DESASTRE), por *Emilio Zola*. – ¿Qué hemos de decir de la última obra del gran novelista francés que no digan el nombre del autor y el éxito que el libro ha tenido? Asunto grandioso é interesante, cual fué la calamitosa guerra de 1870-1871, prestábase en alto grado á esas descripciones llenas de vida y ricas de color; á la creación de esos personajes que se mueven y sienten como seres reales, no como entes imaginarios; al estudio de las pasiones, que hacen del hombre un héroe ó una bestia; descripciones, personajes y pasiones que constituyen una especialidad del genio que ha concebido y llevado á cima la extraordinaria empresa que se titula *Les Rougon Macquart*. Zola, en *El desastre*, ha puesto toda su inteligencia al servicio de una obra patriótica, y al señalar las causas y al maldecir á los autores de la horrible derrota, hace por Francia tanto como los que la han reorganizado militarmente, ya que si éstos han vigorizado los músculos del pueblo francés, el insigne novelista tiende á tonificar su espíritu, generador de las grandes victorias.

La edición española de *El desastre*, esmerada y fielmente traducida, forma tres elegantes tomos, el primero de los cuales lleva un bonito retrato de Zola, ha sido publicado por el periódico de Bilbao *El Nervión* y se vende al precio de 6 pesetas.

* * *

CONOCIMIENTOS ÚTILES Y PRÁCTICOS, por *D. Rafael Belda y Morales*. – La utilidad de este libro queda demostrada con sólo indicar las materias de que trata y que son, entre otras: fabricación de barnices, licores, jabones, elaboración de jarabes, falsificación de materias alimenticias, procedimientos para reconocerlas é infinidad de recetas y conocimientos útiles y un pequeño memorándum terapéutico sumamente práctico. Este libro, editado por D. Pascual Aguilar, de Valencia, véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

* * *

AS PRIMEIRAS FLORES, poesía de *Germano Vendrell*. – Para hacer de estas poesías el elogio que se merecen creemos que lo mejor es traducir unos párrafos de la carta prólogo del distinguido literato portugués que las precede. Dice así el señor don Juan de Deus: «Admiro los progresos que ha hecho usted en la lengua de Camoens. Nunca creí que en tan pocos años de estudio y prática se pudiese llegar á escribir buenos versos en una lengua extranjera, especialmente en la portuguesa, tan culta, tan rica, tan caprichosa y tan difícil. Pero además de este mérito, que es extraordinario, además del estilo que nunca pudiera suponerse en un extranjero, encuentro á cada paso en sus poesías gracia, movimiento, observación, amor y á veces ese entusiasmo que se comunica al lector por medio de un lenguaje noble y vehemente.» Véndese este libro en las librerías de Lisboa y Oporto al precio de 600 reis.

* * *

SOR ANGELA, monólogo trágico original de *V. Ferrer B.* – Estrenado con gran éxito en San Andrés del Palomar. Véndese al precio de un real en los archivos lírico dramáticos, kioscos y principales librerías.

* * *

D. Antonio Nadal Lucena ha publicado una bonita oleografía de gran tamaño (96 × 65 centímetros) representando á Cristóbal Colón en el acto de ser recibido por los Reyes Católicos en la ciudad de Barcelona. El reputado pintor D. José María Tamburini, autor del cuadro que para el cromo ha servido, ha colocado en primer término las figuras y atributos que representan á América por ser una de las partes principales de este asunto. Creemos que esta oleografía ha de ser muy solicitada con ocasión de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.



LA MÚSICA, detalle del monumento á Gayarre, obra de D. Mariano Benlliure

Imp. de Montaner y Simón

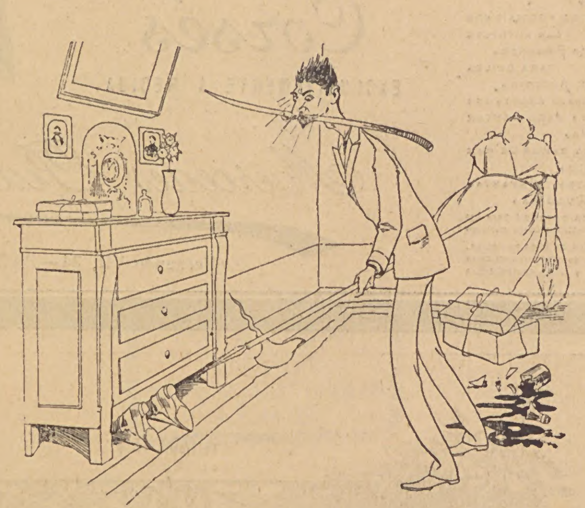
La Ilustración Artística

Año XI — BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1892 — NÚM. 557

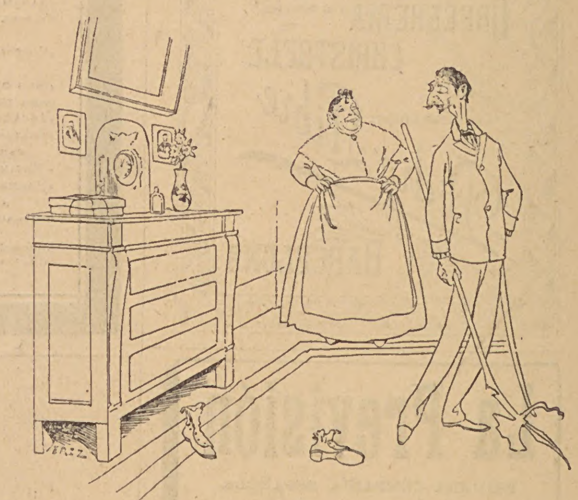
¿SERÁN CIERTOS LOS TOROS?



¡Yo conozco de vista estos zapatos!



Salga V. caballerito, salga V., que nos veremos las caras... ¡infame! ¡traidor! ¡adúltero!



Si estos zapatos son mis zapatos. ¡Ya decía yo!



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

LOS NERVIOS DE UNA MUJER

RECOMENDANDO cierto tiempo de soledad y desgracia decía una señora:

Así pasé en un estado miserable año tras año hasta que me cansé de ver médicos y tomar medicinas en balde. En manos de un médico estuve año y medio, y á penas consiguió aliviarme un poco.

Dormía muy mal, y cuando me levantaba por la mañana, me sentía como si no me hubiera acostado. Con frecuencia tenía dolor en la cabeza y por encima de los ojos y sentía nauseas casi constantemente. Poco á poco la piel se puso seca y amarilla, el estómago y la región abdominal frios y amortiguados, y parecía que perdía las fuerzas y el calor natural, como un río que pierde agua al bajar la marea.

En junio de 1889, viviendo en Moredown, Bournemouth (Inglaterra), tuve un ataque peor que los anteriores. Me daban calambres tan fuertes, que parecía que me estuviesen clavando en todo el cuerpo agujas y alfileres. No podía moverme y tenía que quedarme en la cama impedida por completo. Se mandó por el médico, que venía todos los días, pero no parecía que entendiese mi enfermedad. La verdad es que no la comprendía, y al fin confesó que estaba desorientado sobre mi enfermedad.

Me eché á temblar y me pareció que me moría. Tenía calor y tenía frío, y estaba tan nerviosa que no podía sufrir á nadie en el cuarto conmigo, y al mismo tiempo no quería estar sola por si se me ofrecía algo. Cada vez que me daba el calambre me figuraba que de seguro no me iba á ver jamás buena.

No tomaba más que líquidos y aun éstos no me los llevaba el estómago. Ya no me quedaban más que huesos y pellejo. Las piernas se me dormían, como si no me quedara ya sangre alguna. Perdí la memoria por completo. Ni mis amigos ni yo creíamos que me pondría buena. Cuando venían á verme salían diciendo: «Esta pobre no se verá buena nunca.» La cabeza me dolía de manera que parecía que me volvía loca.

Estaba completamente desesperada, cuando un día vino á verme mi amiga la señora West de Bournemouth, y me preguntó qué tomaba. Le contesté que estaba cansada de tomar medicinas; que no tenía remedio; que me moría. Entonces me dijo que había estado tan mala como yo y se había puesto buena con el *Jarabe curativo de la Madre Seigel*. Bueno, contesté, lo probaré si V. me lo manda. Me lo mandó y empecé á sentirme mejor desde la primera toma. A los tres días pude andar por mi cuarto y en otros tres bajé las escaleras. Ahora estoy mejor que nunca. Los nervios se me han arreglado y como y digiero sin dificultad.

Tengo que decir, finalmente, que yo conocía el *Jarabe curativo de la Madre Seigel* y lo hubiera tomado años antes si una conocida no me hubiera dicho: No lo tome V. que no le hará provecho. Esto lo decía porque se anunciaba, no porque ella lo conociera. Resultó un mal consejo, y me costó años de enfermedad. De lo que he dicho, que no es más que parte de mi historia, puede inferirse en qué opinión tendré esta medicina. Doy gracias á Dios de haber recurrido á ella antes de que fuera demasiado tarde. Firmado: Jané Foster, Darracott Road, Pokesdown. Bournemouth, Hants, Inglaterra, marzo de 1890.

Solamente hay necesidad de añadir que la enfermedad de esta señora era indigestión crónica y postración nerviosa. La originó el susto y sentimiento de haber perdido á su marido de una manera inesperada y violenta, y no se alivió hasta que el *Jarabe curativo de la Madre Seigel* dió vigor á los órganos digestivos, enriqueciendo la sangre y fortaleciendo los nervios. Siempre produce este efecto en iguales casos. Sólo sentimos que tontamente no se empiece por usarlo. Su testimonio merece crédito, pues el caso se ha estudiado cuidadosa ó imparcialmente.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, n.º 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.







Exigencias de la moda

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN